

ESPACIO LÍMITE

Eric Ros

2008

Prólogo

¿Qué hay más allá del universo que conocemos? Quizá no haya nada. Es probable que todo lo que conocemos esté dentro de una gran burbuja, hermética, expansiva. O por el contrario, podríamos estar inmersos en un gran océano con un número infinito de insignificadamente pequeñas burbujas que se mueven al compás de las olas. Quién sabe. Si pudiéramos por un momento romper las barreras físicas que nos limitan, si fuese posible reducir todo el espacio y contenerlo en nuestras manos, ¿qué es lo que veríamos?

Quizá nunca lo sepamos. Quizá no debemos saberlo.

La humanidad no ha hecho más que mojarse los pies en ese enorme mar lleno de burbujas. Si algún día nos bañaremos en él, no es algo que podamos decir con certeza. Lo que sí podemos afirmar, es que en ocasiones nuestra comprensión del universo y de nosotros mismos da un gran paso. Eso ha sucedido muchas veces en el pasado. La Tierra pasó de ser plana a ser redonda, luego ésta pasó de estar en el centro del universo a estar apartada en una mediocre galaxia, una de tantas otras. No contentos con eso, creamos hombres verdes de tres metros de altura en Marte, para darnos cuenta de que estábamos equivocados al ver aquellas primeras fotografías enviadas por una sonda espacial.

En el futuro, con toda seguridad, nuestra percepción del cosmos seguirá cambiando. Unas veces en pequeños pasos, otras veces, a pasos agigantados.

En esta historia, se describe uno de tantos posibles viajes que cambiarían la visión que tenemos de nuestra existencia. Pero quizá sea el más inquietante de todos los posibles viajes que puedan realizarse.

Un viaje más allá de todo el universo conocido.

Una visita al espacio límite.

I
Gabriel

El Sol se escondía tras una lejana montaña visible desde la planta treinta y dos de un rascacielos londinense. Gabriel Weller observaba el advenimiento de la noche desde su ventana, flotando cómodamente sobre su levitador, intentando conciliar el sueño, cuando un molesto ruido interrumpió su descanso.

Sonó el teléfono.

-¿Sí?

- ¿Es usted Gabriel Weller? – preguntó una voz femenina muy agradable.

- Sí, soy yo – respondió Gabriel tras un breve bostezo.

A continuación la voz femenina cambió y se convirtió en una sucesión de pitidos de diferente frecuencia. Duró unos cinco segundos.

-Que tenga un buen día – le deseó la sensual voz.

Realmente no se trataba de una conversación telefónica convencional, ni siquiera la identidad de Gabriel Weller era auténtica. En el mundo de los agentes de alto secreto, conocidos también como espías, nada es lo que parece.

Un pequeño microprocesador implantado en su oído interno grabó y descodificó el mensaje telefónico, cifrado con un código que solo se encontraba dentro de la cabeza del agente:

“La compañía naviera Double Star Corporation ha solicitado sus servicios. Por favor, preséntese mañana a las diez horas en las coordenadas que han sido enviadas a su posicionador personal.”

Los agentes reciben sus misiones utilizando un método aleatorio, pero siempre de manera segura. Esta vez, la compañía Double Star Corp., dedicada a la construcción de naves espaciales de todo tipo, parece requerir sus servicios. – Seguramente para una misión de espionaje industrial – pensó.

Antes de forjarse la nueva identidad del agente, toda información sobre su vida anterior es eliminada. Esa es la única manera de proteger la confidencialidad del Servicio Secreto Europeo, pues la tecnología para leer la mente a un prisionero estaba muy avanzada, para bien o para mal.

Son pocos los que decidían dar el paso, solo aquellos que tenían poco que dejar atrás, como Gabriel, quien había tenido un pasado digno de ser olvidado.

Gabriel se miró en el espejo del lujoso cuarto de baño. Tenía el pelo más corto de lo normal, casi rapado. Su cuerpo estaba repleto de marcas de violencia, que tuvo que soportar toda su vida.

Llevaba años durmiendo en hoteles como aquél. No poseía nada, ni siquiera una identidad real. Sentía nostalgia por algo que apenas podía recordar: un hogar.

- Será mejor que descanse – se dijo a si mismo.

El Sol ya se había ocultado por completo. Un sutil mar de estrellas se intuía en el cielo, anunciando el inicio de una plácida noche.

Gabriel se dejó caer sobre su levitador, quedando su cuerpo suspendido en el aire y entrando su mente en un profundo sueño.

Al día siguiente, se desplazó en taxi hasta las coordenadas indicadas. Allí se encontraba la sede de la compañía, justo en el centro de Londres. Gabriel entró y saludó a la secretaria.

- Soy Gabriel Weller, me han citado en este edificio.

- Espere un momento por favor – le pidió que escupiera sobre un pequeño recipiente metálico. Luego lo introdujo en un analizador de ADN que a los pocos segundos mostró una imagen de Gabriel por la pantalla. – Bienvenido señor Weller. Suba al ático, ahí tiene el ascensor.

La planta superior de aquel edificio se elevaba por encima de todos los demás. Allí había un hombre mayor, canoso y barbudo, que contemplaba el río Támesis a través de unos enormes ventanales.

- Le esperaba señor Weller. Mi nombre es Jack Foss, presidente de Double Star Corporation – dijo aquel hombre de avanzada edad, al tiempo que sostenía una copa de whisky escocés, entre los dedos. - Acérquese y dígame, ¿qué ve por la ventana?

- Supongo que Londres, señor... – dudó Gabriel, que no entendió que quería decir exactamente con eso.

- El Sol, joven, es el efecto de la energía del Sol lo que ve. Sin su energía, no habría vida, no habría luz, no habría... en fin, el universo tal y como lo conocemos. Las estrellas, señor Weller, son los hornos donde se cuecen los componentes primigenios de la vida, somos en otras palabras, polvo de estrellas – dijo Jack tras terminar su copa con un gran trago. - He pedido al Servicio Secreto que me envíe a su mejor agente, así que debo entender que sus cualidades de espionaje son inigualables.

- En efecto, soy el más galardonado del servicio. Poseo excelentes cualidades de sigilo e infiltración, conozco siete idiomas, y poseo varios implantes de tercera generación – dijo Gabriel, rozándose el implante de camuflaje en su cuello.

- Es interesante, aunque lo que más me interesa es saber si tiene alguna experiencia en el espacio.

- Así es, he estado en varios cruceros civiles y en las colonias de Marte y la Luna.

- ¡Excelente! - exclamó Jack mientras se frotaba la frondosa barba. - Es exactamente, incluso mejor, de lo que me habían informado. Es usted el hombre que andaba buscando.

Jack Foss se acercó a un pequeño escritorio y pulsó una tecla de su computadora – Luces fuera – reclamó.

Una pantalla holográfica enorme mostraba, flotando en medio del amplio despacho, una imagen tridimensional de lo que parecía ser una astronave.

- Toda la información que le transmitiré es alto secreto, nadie, excepto el equipo de diseño y construcción, yo y ahora usted, conoce la existencia de nuestro nuevo producto – dijo al tiempo que exhibía una ligera sonrisa de orgullo. - Este es el destructor clase Casiopea, de nuevo diseño y fabricado con fondos europeos. Es la astronave más rápida jamás construida pues, en condiciones normales, alcanza velocidades cercanas al 5% de la velocidad de la luz. Cuenta con una batería de cañones láser de gran potencia capaz de enfrentarse a cualquier navío enemigo y además posee capacidad de camuflaje tanto óptico como electrónico. Se trata de un navío tan avanzado que es un objetivo potencial del espionaje industrial de nuestra competencia en el espacio – expuso Jack.

- ¿Entonces lo que quiere es que realice tareas de contraespionaje en el proceso de construcción de esos destructores?

- Le indicaré más adelante lo que quiero que haga, señor Weller. Actualmente existe un único destructor Casiopea en órbita. Se trata de un modelo con algunas modificaciones especiales que, de ser conocidas por otras compañías, supondría un duro revés para nosotros. Por lo que es necesario que usted lo proteja en todo momento.

- ¿Modificaciones especiales? - preguntó Gabriel.

- De momento esto es todo lo que debe saber, el resto le será comunicado junto con el resto del equipo. Hoy a las tres, le espera una lanzadera en el astropuerto de Londres, que le llevará al destructor Casiopea.

Gabriel avanzó hacia el ascensor, cuando Jack le detuvo agarrándole del hombro.

- Tengo entendido que ustedes los agentes no tienen pasado, pero si tiene alguien de quien despedirse, es un buen momento. La misión será larga, señor Weller.

Gabriel no tenía nadie de quien despedirse. A pesar de eso, agradeció las sinceras palabras de Jack Foss.

Mientras volvía a la planta baja, los recuerdos de lejanos viajes al espacio regresaban a su mente. La fingida personalidad que debía adoptar en cada servicio se desvanecía como las sombras en el ocaso cuando terminaba su misión. Debía olvidar a toda la gente que había conocido y volver a empezar, en otro lugar, con la compañía de otros. Se había planteado muchas veces su porvenir. Había hecho planes para comenzar de nuevo y tener una vida normal, pero no sabía como hacerlo, ni tenía ningún motivo especial para llevarlo a cabo, más allá de la amargura que le producía estar en ninguna parte, manteniendo relaciones superficiales con personas que no significaban nada para él. Deseaba un hogar.

Gabriel no podía dejar de pensar en que secreto debía proteger, que era aquello tan importante que se encontraba en el interior de aquel nuevo destructor. Al llegar a su hotel, recogió los pocos objetos que le pertenecían. Sus documentos oficiales, que le permitían mezclarse con el más normal de los civiles, su pistola láser modificada, esencial para cualquier situación de peligro, y finalmente una pequeña maleta con algo de ropa.

- De vuelta al espacio – pensó.

II
Casiopea

El Sol brillaba con fuerza en Londres al llegar las tres de la tarde. Largas sombras proyectadas desde altísimos edificios parecían dibujar bellos cuadros abstractos desde el cielo, plagado de todo tipo de naves. Desde la revolución espacial ya nada fue lo mismo, la Tierra había dejado de ser madre para convertirse en hermana, de Marte, de la Luna y de tantas lejanas colonias más allá de Plutón.

Gabriel accedió a una pequeña lanzadera que lucía el logotipo de Double Star Corporation en uno de sus laterales. En su interior solo había un hombre, a parte de él mismo, de cabello oscuro y nariz prominente, de origen anglo-Italiano.

- Hola, tú debes formar parte del equipo de científicos que se dirige a la Casiopea. Mi nombre es Michael Lombardi, encantado – dijo con una sonrisa mientras tendía la mano a Gabriel. – Soy periodista de la Agencia de Noticias Europea, he venido a hacer un reportaje sobre el destructor.

- ¿Un reportaje? – preguntó Gabriel, totalmente desorientado por la idea de que un periodista merodeara por una nave de alto secreto. – ¿La Double Star le ha dado permiso a la ANE?

- Le ha otorgado los derechos en exclusiva para realizar un documental sobre la... nave. – ¿Eres entonces uno de los científicos que se reunirán allí arriba? – preguntó de nuevo Michael.

Ante esa pregunta, Gabriel no sabía que responder. Nadie le había dicho que identidad falsa iba a adoptar, ni siquiera conocía los detalles de la misión. Por suerte para él, justo en ese momento el piloto les pidió que se prepararan para el despegue. De momento no tendría que responder a esa incómoda pregunta.

En unos pocos minutos alcanzaron la órbita de la nave Casiopea.

La lanzadera se aproximó lentamente al hangar del destructor, Gabriel no podía dejar de admirar sus suaves formas, redondeadas, casi orgánicas. Su plateado casco era tan brillante que reflejaba con viveza los rayos del Sol, llegando incluso a ser molesto a la vista. En la parte delantera tenía una estructura circular inmensa, que le recordaba a un motor de reacción. - Que forma tan extraña – pensó.

Llegaron al hangar. Solamente Jack Foss había venido a recibirles.

- Bienvenidos al Casiopea. Supongo que ustedes dos ya se han presentado – dijo Jack al tiempo que los dos invitados asentían. – Acompañenme, por favor.

El hangar era un hervidero. Un grupo de trabajadores cargaban grandes cantidades de material en la nave. - Parece que se preparan para un largo viaje – pensó Gabriel. – Espero equivocarme.

El señor Foss les llevó a una pequeña sala de reuniones con una mesa circular en su centro. En la que sólo quedaban cuatro asientos libres. A Gabriel le invitaron a sentarse al lado de un hombre de mediana edad con aspecto asiático, mientras que Michael tomó asiento a la derecha de una bella mujer de pelo rizado y ojos negros. Jack fue el único que quedó de pie.

- Bienvenidos de nuevo al destructor Casiopea. Ya tenemos a todo el equipo reunido menos a un miembro. Aunque teniendo en cuenta que esa persona ya es conocedora de la misión, creo que no tendrá ningún inconveniente en que les exponga a continuación

cual será nuestro objetivo en el espacio – pronunció, al tiempo que activaba un dispositivo holográfico parecido al que había visto Gabriel en su despacho.

- Disculpe señor Foss, pero creo que sería conveniente presentarnos – interrumpió la mujer que estaba sentada al lado de Michael.

- ¡Sí, claro! Mi vieja cabeza me falla a veces. Bien, aquí tenemos un equipo multidisciplinario, capaz de afrontar cualquier reto científico y humano. El señor Michael Lombardi es un periodista que documentará nuestra misión para la ANE, la doctora Sara Rodríguez dará apoyo psicológico a la tripulación, el prestigioso astrofísico Akira Watanabe nos asesorará con su conocimiento científico, El teniente Peter Morgan pilotará el destructor y por último el señor Gabriel Weller – dijo señalando con el dedo- será el encargado de la seguridad de la nave. El miembro que falta en esta mesa es Jane Foss, quien será copiloto y responsable de ingeniería, ahora se encuentra en la nebulosa de Orión.

- ¿Jane Foss? – pensó Gabriel. – ¿Se trata de la famosa hija del multimillonario Jack Foss? ¿Trae a su propia hija a la expedición?

- Nuestro asesor científico, el doctor Watanabe, les explicará la razón por la que están ustedes aquí - dijo Jack mientras tomaba asiento.

Akira Watanabe no era en realidad un japonés muy alto, ni siquiera tenía un buen físico, sin embargo todos habían oído hablar alguna vez de él. Había sido uno de los científicos que iniciaron la última revolución espacial, que llevó al ser humano a otros mundos más allá del alcance del calor de nuestro Sol. Se le atribuyen entre otros avances, el diseño del primer agujero de gusano creado artificialmente y algunas revolucionarias teorías sobre el viaje espacial.

Las luces se apagaron y sólo podía verse el resplandor de una gran pantalla flotante. En ella aparecía un mapa a escala de la Vía Láctea.

- Ésta es nuestra galaxia. La Vía Láctea. Tiene un diámetro de cien mil años luz y en su interior existen cuatrocientos mil millones de estrellas. La Tierra se encuentra relativamente lejos del centro, a casi treinta mil años luz de distancia. Gracias a los agujeros de gusano hemos podido llegar a distantes estrellas, pero no hemos hecho más que comenzar. Hemos descubierto las maravillas del sistema doble Alpha Centauri y de la nebulosa de Orión, de lugares que hace tan sólo cincuenta años no estaban más que en nuestra imaginación. Hoy podemos llegar allí, pero queremos llegar aún más lejos. Si hace treinta años el ser humano viajó a otras estrellas. Hoy me siento orgulloso de anunciarles que estamos preparados para el primer viaje extra-galáctico.

El ruido de fondo producido por los múltiples susurros de la sala interrumpió al físico. Nadie podía creer lo que aquel hombre estaba diciendo. Peter Morgan, el piloto, no pudo evitar levantarse.

- ¿Esperen un momento, me están diciendo que debo pilotar esta nave fuera de la galaxia? – preguntó estupefacto.

- ¿Esto va en serio? Sí es así se va a convertir en la noticia científica del año, no, ¡del siglo! – exclamó Michael, mientras realizaba unas anotaciones tan rápidamente como podía en su libreta personal.

- Debo suponer que quiere llevarnos a Andrómeda - Interrumpió Sara Rodríguez -. El nombre de la nave es Casiopea, esposa de Cefeo y madre de Andrómeda en la mitología griega.

- Así es – respondió Akira. – Demuestra un gran interés por la mitología clásica, doctora Rodríguez. El objetivo de esta nave y de esta misión es alcanzar Andrómeda, la galaxia más cercana a la nuestra, después de las Nubes de Magallanes. Y no se trata de una broma, Michael.

Gabriel se sentía incómodo. Esperaba que aquella nave no saliera de la órbita terrestre, que se quedara allí dando vueltas y que su misión terminara lo antes posible. Incluso en gravedad artificial, estar en el espacio le producía un malestar que le acompañaba siempre.

Levantó la mano para pedir voz.

- Yo no soy un experto en física, pero tengo entendido que para viajar a grandes distancias es necesario un agujero de gusano en el punto de destino.

- Exacto – respondió Akira -. Hasta ahora la única manera de alcanzar otros sistemas ha sido escanear el espacio cercano en busca de agujeros de gusano naturales y desplazarnos hasta ellos construyendo un agujero de gusano artificial. El problema de esto es que no podemos seleccionar el destino y cada agujero de gusano que construimos solo puede llevarnos a un lugar, además de tener un coste muy elevado. Es por eso que necesitamos un medio mejor si queremos llegar a Andrómeda – explicó Akira, cuando un nuevo holograma apareció sobre sus cabezas. Gran cantidad de gráficos y fórmulas que nadie entendía. - Éste es el principio físico sobre el que se sustenta todo. En resumidas palabras, nos permite deformar el entramado espacio-tiempo con el fin de transportar un objeto de manera casi instantánea, utilizando solamente la energía cinética de dicho objeto.

Jack había elegido bien a su grupo. Akira Watanabe había anunciado hace ya veinte años una posible manera de realizar saltos en el espacio sin necesidad de un agujero de gusano, como una aplicación práctica de la teoría de la relatividad de Einstein, por lo que él era el más indicado para explicarlo.

- Disculpe, pero... – interrumpió Peter. - No se ha probado empíricamente que el viaje instantáneo sea posible.

- Sí se ha probado – contestó Akira. - De hecho ya hemos enviado una sonda a Andrómeda. Hace tan sólo tres semanas.

- Un momento, ¿ya se ha enviado una sonda? ¿Por qué no se ha hecho público? – preguntó Michael.

- No estamos aquí para discutir la política de seguridad de mi compañía – interrumpió Jack. – Queremos mantener en secreto esta operación mientras no se lleve a cabo. Quiero... sorprender al mundo – añadió en voz más baja -. Ahora, les ruego que dejen al doctor Watanabe continuar con su exposición.

Los asistentes se dirigieron miradas cruzadas. Una sensación de inquietud flotaba en el ambiente, justo encima de sus cabezas. Todos miraron a Akira, cuando el centro de la galaxia se amplió hasta mostrar una pequeña zona oscura.

Éste es el centro de nuestra modesta galaxia. Como pueden ver, está ocupado por un agujero negro de reducida masa si la comparamos con otros que conocemos. Aún así, posee masa suficiente para acelerar cualquier cuerpo en sus proximidades hasta velocidades muy cercanas a la luz. Esto nos proporcionará suficiente energía cinética para saltar dos millones de años luz, hasta nuestro destino – la fotografía de un pequeño planeta rocoso, con una dorada estrella al fondo aparecieron en el holograma. – Este es Perses-2, el primer planeta de otra galaxia que visitará el ser humano. Es una fotografía tomada por nuestra sonda. La hemos recibido mediante una transmisión cuántica.

Peter se levantó de su asiento y señaló a Jack Foss con el dedo.

- Con todos los respetos, señor Foss. Creo que ustedes se han vuelto locos. ¡Locos! Ninguna nave puede soportar tal tirón gravitatorio, es más, ni siquiera veremos cómo este destructor se convierte en un amasijo de hierros porque la radiación del agujero negro nos matará antes. ¡Mucho antes!

- Tranquilícese teniente Morgan – reclamó Jack. – Nada de eso va a ocurrir, porque esta nave ha sido especialmente diseñada para resistir en los entornos más inhóspitos, incluso en las proximidades de un agujero negro. No hay nada de qué preocuparse – añadió Jack.

- Una vez allí. ¿Cómo regresaremos a la Tierra? – preguntó Sara Rodríguez.

- Buena pregunta. En la órbita de Perses-2 construiremos un portal de regreso a la Tierra. Una vez finalizada la misión, dispondremos de un punto de enlace con nuestra vecina Andrómeda. Será el fin de la colonización espacial tal y como la conocemos – dijo Jack con los brazos abiertos -. Será el inicio de la colonización galáctica.

La luz volvió a la sala de reuniones y el holograma desapareció. Jack pidió a Akira que tomara asiento.

- Bien, hasta aquí la presentación de la expedición. Si hay alguien que desea quedarse en tierra es un buen momento para hacerlo. Hoy mismo partiremos hacia Orión para recoger al último miembro de la expedición. Más tarde les acompañaré a dar un paseo por el navío. Deben recordar que el éxito de esta arriesgada aventura depende de todos y cada uno de ustedes, pues no son pasajeros, sino tripulantes, de pleno derecho y responsabilidad – dijo en tono solemne -. Ahora me gustaría hablar a solas con nuestro responsable de seguridad. Si no les importa...

Todos abandonaron la sala y se dirigieron a sus respectivos camarotes. Todos excepto Gabriel Weller y Jack Foss.

- Supongo que no le incomoda ser responsable de seguridad. ¿Me equivoco? – preguntó Jack.

A Gabriel no le importaba en absoluto la identidad falsa que le asignaran. Estaba preparado para cualquier cosa. Pero no para una misión aparentemente suicida.

- ¿Cuánto durará la misión? – preguntó.

- Al menos tres meses. Si no hay ningún contratiempo – respondió.

Jack abrió una botella de whisky que se encontraba en un mueble a un lado de la sala. Se sirvió una copa en un pequeño vaso más brillante que la propia mesa.

-Estoy convencido de que una de las personas que se han sentado aquí con nosotros es un espía. Y usted va a encontrarle, antes de que sea demasiado tarde.

III
Orión

A más de mil años luz de la Tierra, un agujero de gusano resplandeció durante un segundo y luego se apagó, dejando pasar al destructor Casiopea. A unos pocos miles de kilómetros se encontraba Ensis-3, un pequeño y azulado planeta, ocupado casi en su totalidad por un enorme océano de agua cristalina. Al fondo, una gran nube rojiza con miles de jóvenes estrellas en su interior inundaba el espacio. Habían llegado a la nebulosa de Orión. Quizá el lugar del espacio más bello jamás visitado por la humanidad.

Algo impacientaba a Jack Foss. Hacía dos meses que no veía a su querida hija, Jane, que durante ese tiempo había estado colaborando en la construcción de un astropuerto orbital, que supondría grandes beneficios para la compañía de su padre. La multinacional, o mejor dicho, la multiestelar Double Star.

Atracaron en la terminal A. Jack invitó a su recién formado grupo a visitar el astropuerto. Los seis tripulantes de la nave formaban un grupo compacto mientras avanzaban por el largo pasillo que les llevaría hasta la terminal. Michael Lombardi se había situado al lado de la española Sara Rodríguez.

- He leído tu libro sobre los efectos psicológicos de una larga estancia en el espacio – comentó Michael.

- ¿De verdad? Yo en cambio nunca he oído hablar de un periodista de la ANE llamado Michael Lombardi. ¿No apareces en los medios? - preguntó Sara.

- Me gusta mantenerme a la sombra. No me gustan... los espacios abiertos, ni el espacio.

- Quizá porque eres astrofóbico – dijo Sara -. Eres el único que todavía no ha contemplado el paisaje – añadió mientras su cara era levemente iluminada por tonos rojizos.

- Eso parece, aunque nunca he recibido tratamiento psicológico. Quizá podrías ayudarme. Ya sabes. Me tumbo en un levitador mientras tú me haces preguntas.

- A la vuelta quizá. Pero no pienses que voy a hacerte un descuento por el hecho de que estés intentando ligar conmigo... los negocios son los negocios – dijo Sara con una sonrisa en la cara.

Al final del largo pasillo les esperaba una chica joven de pelo oscuro, ojos verdosos y piel casi tan blanca como la nieve de alta montaña.

- ¡Hija! - exclamó Jack, quién se dirigió hasta ella rápidamente para darle un abrazo.

- Habéis llegado antes de lo esperado – contestó ella.

Jack Foss tenía lágrimas en los ojos. No ocultaba el cariño que sentía por su hija y lo largos que habían sido esos dos meses para él. En cambio ella, parecía no sentir ninguna alegría al ver a su padre, pero tampoco ningún desprecio.

- Esta es mi hija Jane - dijo Jack, dirigiéndose a sus acompañantes.

A pesar de la popularidad del multimillonario Jack Foss, el rostro de su hija no era demasiado conocido, debido mayormente a que su padre se había asegurado de mantener a salvo la privacidad de su familia. A Gabriel Weller le impresionó enormemente la belleza de Jane. Su rostro brillaba como Venus al amanecer.

Como a cualquier agente del Servicio Secreto, a Gabriel se le había prohibido toda relación social que no fuera estrictamente necesaria para llevar a cabo su trabajo. Esto incluía la amistad y las relaciones sentimentales. Pero el hecho es que al ver a aquella joven algo le hizo pensar que iba a tener que romper algunas normas.

El astropuerto era realmente espacioso. Aunque las obras de construcción no habían finalizado, ya podía intuirse que se convertiría en la obra de ingeniería más grande fuera del Sistema Solar. La tripulación del Casiopea se acomodó en uno de los restaurantes que en tan solo unos meses estaría dando servicio a miles de turistas terrestres y a la nueva clase alta marciana y lunar.

El grupo se separó en dos mesas. En una de ellas se encontraban Sara Rodríguez, Akira Watanabe y Michael Lombardi. En la otra conversaban Jack y Jane Foss, Peter Morgan y Gabriel, quien se había colocado estratégicamente en frente de Jane.

- Parece que Ensis-3 va a convertirse en la segunda Tierra – comentó Gabriel.

- Eso espero, señor Weller. Espero vivir para poder ver cómo este paraíso es colonizado por la humanidad – contestó Jack -. Y si no, al menos que nuestros descendientes puedan disfrutar de este lugar y evitar repetir los errores cometidos en la Tierra – añadió mientras dirigía una tierna mirada hacia su hija.

Gabriel tampoco podía dejar de mirar a Jane. Su silencio creaba un halo de misterio que le absorbía completamente. Era bastante reservada. Cuando parecía que no iba a decir nada en toda la mañana se decidió por fin a hablar.

- Deberíamos salir lo antes posible hacia la estación Einstein-V si queremos llegar en el tiempo previsto.

- ¿Estación Einstein-V? ¿Eso no está en el borde interior? – preguntó Peter.

- Sí – contestó Jane -. Es el punto más cercano al centro galáctico al que alguna vez se ha llegado. Al menos hasta hace dos años...

Jack le indicó sutilmente a su hija que dejara de hablar sobre ese tema. Se trataba de información confidencial y estaban rodeados de trabajadores de la construcción espacial que estaban allí descansando. Cualquiera de ellos podría ser un espía. Regresaron al Casiopea, el único lugar aparentemente seguro en el que hablar de su secreta expedición.

Jack les guió hasta el puente de mando de la nave, donde les explicaría el siguiente paso. El lugar estaba repleto de paneles de control y pantallas holográficas. La hermosa Nebulosa de Orión podía verse a través de los amplios cristales, tan nuevos y limpios que parecían simplemente no estar allí.

El plan era sencillo. Saltarían hasta el agujero de gusano cerca del sistema conocido como Einstein. Allí se encontraba la última base orbital creada por el hombre, en órbita entorno a un gigante gaseoso tan grande como Júpiter, que servía como abastecedor de hidrógeno a naves que quisieran explorar más allá del borde interior, hacia el luminoso núcleo galáctico.

- Entonces, ¿son ciertos los rumores que apuntan a que un nuevo portal fue construido allí en secreto? – preguntó Michael.

- Es cierto – respondió Jack. – Hace dos años se construyó un portal que enlazaría con otro muy cercano al agujero negro galáctico. Desde allí podemos acercarnos a velocidad sublumínica hasta nuestro objetivo.

Peter Morgan se revolvió sobre su asiento cada vez que se hablaba sobre ese agujero. No era precisamente un valiente soldado de las fuerzas espaciales. Más bien se hizo piloto de destructores con el fin de evitar el contacto directo en el combate. Allí se sentía relativamente seguro, protegido por baterías láser, escudo energético y lo que es más importante, el hecho de que todavía no había tenido lugar ninguna guerra en el espacio.

- Aún no puedo creer que vayamos a acercarnos a esa... cosa – dijo en voz baja -. Es una locura.

- Estarías loco si pensaras lo contrario – le susurró Sara al oído.

Se alejaron de aquel azul mundo y se dirigieron hacia una zona oscura del espacio, alejada del brillo de las estrellas que iluminaban el mapa polvoriento de la nebulosa de Orión. Poco a poco, un objeto lejano se fue descubriendo, como un círculo enorme. Tan grande que por él podrían caber dos naves como la Casiopea. Cuando la nave alcanzó el agujero de gusano estable en el interior del portal, ésta desapareció con un destello. Y un segundo después, solamente había oscuridad.

IV
Einstein

El sistema Einstein se veía irradiado por una pareja de púlsares cercanos. Un púlsar no es otra cosa que el esqueleto de una estrella ya muerta de gran densidad que gira sobre sí mismo a gran velocidad, emitiendo pulsaciones de radiación. De ahí su nombre. Ya que Einstein predijo la existencia de esos púlsares binarios en el universo, a aquel sistema estelar tan cercano se le llamó Einstein, en su honor.

En su habitación, Gabriel Weller observaba el púlsar a través de una pequeña ventana. Sus pulsos de luz le resultaban realmente agradables. Se preguntó si el resto de la tripulación estaría, como él, admirando ese espectáculo que les ofrecía el espacio.

Se alejó de la ventana para ponerse a trabajar. Frente a él, una imagen con todos los perfiles del resto del grupo. Todos exceptuando, evidentemente, el suyo propio y el de Jack Foss. Sí tenía, en cambio, el de Jane Foss, aunque explícitamente no se le había pedido que investigara sobre ella, por ser la hija de quien le había dado la tarea de encontrar y capturar un posible espía, la experiencia le decía que debía dudar incluso de las identidades supuestamente reales. Jane Foss podría no ser Jane Foss.

Utilizando el dedo índice pulsó sobre la imagen de ella, que inmediatamente se agrandó para ocupar todo el espacio disponible, a la vez que aparecía su biografía y otros datos de interés.

Tenía un expediente académico brillante. Doctorada en tecnología aeroespacial y robótica a una temprana edad, poseía sin lugar a dudas un cerebro brillante. Sin embargo no era eso lo que más llamó la atención de Gabriel.

No había estado enferma nunca, al menos desde los cinco años de edad, cuando casualmente falleció su madre y la pequeña Jane fue ingresada en el hospital por un trauma craneoencefálico, como consecuencia de un accidente de tráfico. Según ponía en el informe, sobrevivió sin ninguna secuela.

- No deja de ser una triste curiosidad, pero que nada tiene que ver con la probabilidad de ser o no un espía – pensó Gabriel.

Siguió analizando datos hasta haber completado todos los perfiles. No encontró nada sospechoso, lo que no hacía más que complicar las cosas. Debería centrar su investigación en el trabajo de campo.

En el puente de mando, Jack y Akira observaban como Peter y Jane pilotaban el destructor hacia la estación conocida como Einstein-V, situada en órbita alrededor del planeta del mismo nombre. A un lado podía observarse el resplandor del núcleo galáctico, apenas ocultado tras una cortina de polvo estelar.

- Nunca había estado aquí. – dijo Akira -. Nunca tan lejos de casa.

- Esto es solo el principio. Pronto estarás más lejos de la Tierra de lo que ningún otro humano haya estado jamás – dijo Jack.

La estación Einstein-V era realmente enorme. Casi todo su volumen lo ocupaba un reluciente depósito de hidrógeno, que se iba extrayendo utilizando unas diminutas naves no tripuladas llamadas recolectores. Viajaban a las proximidades del planeta gaseoso y succionaban una pequeña cantidad de hidrógeno. Utilizando cientos de esas rápidas y ligeras naves, en unos días podía recolectarse el suficiente hidrógeno para que una nave grande repostara al completo.

- Señor, nos comunican que tardarán dos días en poder rellenar del todo nuestro depósito – comunicó Peter -. Parece que la alta actividad radioeléctrica del planeta les ha retrasado.

- ¡Malditos incompetentes! No podemos esperar, debemos continuar, aunque eso signifique no abastecernos del todo.

- Esa no es una buena idea – opinó Jane. - Necesitamos todo el combustible en caso de que surja algún imprevisto. Si se agota el hidrógeno podríamos quedar a la deriva en el espacio.

Jack Foss nunca le decía que no a su querida hija. Y con esos argumentos, no iba a ser esa la primera vez.

- Tienes razón. Me he dejado llevar por el entusiasmo. Nos quedaremos aquí hasta que estemos totalmente reabastecidos.

La nave se aproximó lentamente hasta el punto de enlace con la estación. Ese enlace era muy importante, pues garantizaba el correcto abastecimiento de hidrógeno de manera segura. Cualquier escape podría producir una explosión e incluso la destrucción de la estación y la nave acoplada a ella.

- Me aburro – dijo Peter -. Esta maldita nave lo hace todo por nosotros. Creo que pronto los pilotos dejaremos de ser útiles...

- Las máquinas no se aburren. Pero no se les da bien adaptarse a los imprevistos. Es por eso que la mano humana todavía es necesaria – afirmó Jane.

En otro punto de la nave, Michael paseaba con Sara, a quien había convencido a base de insistir una y otra vez para que la acompañara a dar una vuelta. El brillo de la lejana estrella se reflejaba en el cercano planeta de color ocre y a su vez en el rostro de Sara.

- ¡Todo esto es tan hermoso! – dijo ella.

- Lo más hermoso que puedo ver no está ahí fuera – respondió Michael.

Sara se sonrojó y se acercó más al grueso cristal que la separaba del espacio. Lo acarició con sus dedos.

- ¿Por qué alguien que tiene miedo al espacio se embarca en una aventura como ésta? – preguntó.

Michael agarró por la cintura a Sara.

- ¿Me estás psicoanalizando? Quizá te sorprendería lo que podrías descubrir. Si yo quisiera, por supuesto, abrirte mi mente en una cómoda butaca, mientras cierro mis ojos y me susurras preguntas al oído.

Sara se ruborizó. Al darse la vuelta, Michael le dio un beso corto, a lo que ella respondió con uno más largo.

- ¿Eres siempre tan directo con las mujeres?

- Solo cuando vale la pena serlo – respondió él.

- Se supone que toda relación no profesional entre miembros de la expedición está prohibida – le susurró ella al oído.
- Entonces será mejor que vayamos a mi camarote, así nadie se enterará.

Los dos días en la estación Einstein transcurrieron rápido, ya que en Einstein-V el día duraba solamente 10 horas.

Llegado el momento, Peter puso rumbo al portal que les llevaría al centro mismo de la galaxia. Cómo era un portal supuestamente secreto, estaba bien protegido por un crucero clase Liverpool, también construido por la Double Star Corporation, aunque mucho menos potente que el destructor Casiopea, que se encontraba detenido delante mismo del portal.

-Aquí el Freedom, al habla el comandante Hawking. El Casiopea es más grande de lo que había imaginado – dijo asombrado -. El portal está en perfecto estado y listo para su uso. Les deseo un buen salto.

-Aquí el Casiopea, teniente Morgan al habla, señor. Muchas gracias de parte de toda la tripulación. Realizaremos el salto de inmediato.

El crucero se apartó para dejar paso al destructor, quien desapareció poco después tras un corto resplandor.

V

Oscuridad

En el centro de la Vía Láctea, como en el de otras muchas galaxias, existe un contraste muy grande. En medio de las estrellas más brillantes y viejas hay un espacio aparentemente vacío, oscuro y solitario. Ese espacio lo ocupa en realidad un agujero negro, algo parecido a un púlsar, pero mucho más masivo, tanto, que ni siquiera la luz escapa a su campo gravitatorio.

El portal fue construido a una distancia prudencial de aquel agujero negro. Demasiado cerca y sería arrastrado por su gravedad, demasiado lejos y las naves deberían invertir mucho tiempo en llegar a él a velocidades inferiores a la luz.

Jack Foss reunió a su tripulación de nuevo.

- Aquí empieza la parte más larga del camino. Aceleraremos hasta alcanzar la velocidad máxima de la nave que nos permitirá llegar a nuestro destino en unos quince días terrestres. Durante ese tiempo iremos modificando nuestra trayectoria para colocarnos en la posición correcta. Con nuestra proa apuntando directamente a Andrómeda.

Gabriel pensó que debía preguntar algo, ya que era el responsable de seguridad, o al menos eso debían creer el resto.

- ¿Señor Foss, que ocurriría si algo fallara durante el salto? ¿Y si apareciésemos en algún otro lugar? ¿Cómo regresaríamos?

- Hace bien en preguntar eso, señor Weller. Todo ha sido previsto. En la bodega de carga tenemos un portal listo para ser construido en cualquier parte. Aunque está pensado para ser utilizado en la órbita de Perses-2, éste podría ser desplegado en otro lugar, si fuera necesario – contestó Jack.

- ¿Y que hay sobre esa tecnología de salto? ¿Podría describirnos ese motor de salto del que nos ha hablado? – preguntó Michael.

- Mejor que eso. Voy a enseñárselo. Vengan conmigo.

Jack les guió hasta la parte central de la nave. Allí se encontraba el motor de salto, aunque era más parecido a un acelerador de partículas que a un motor. Estaba suspendido en el aire por decenas de cables, y era grande, realmente grande.

- Éste es el primer motor de salto de estas dimensiones jamás construido. Genera un haz de partículas de antimateria capaz de abrir un atajo en el entramado espacial que nos puede llevar allá donde queramos ir – Jack mostraba claros signos de orgullo al pronunciar esas palabras.

Mientras les enseñaba aquella maravilla de la tecnología, Gabriel no prestaba atención, ya que se concentraba en descubrir alguna actitud sospechosa en sus compañeros de viaje. Aquel motor era lo que hacía realmente especial a aquel destructor y sería ese el objetivo primario de cualquier espía o saboteador.

El análisis de voz de los allí presentes, que realizó el procesador de su oído interno, no rebeló ninguna alteración que pudiera atribuirse al nerviosismo propio de un espía poco entrenado. Ese no era el caso, quizá se trataba de un auténtico profesional, o quizá es que sencillamente, no existía tal espía.

A su izquierda pueden ver el superordenador que controla el motor. Posee un revolucionario sistema de IA (inteligencia artificial) que facilita el trabajo de la

tripulación. Señores, les presento a Casiopea. Sí, ya sé que no es muy original llamarla así, como a la propia nave, pero preferimos pensar que ella es la personalidad de este navío. Casiopea, saluda a nuestros invitados.

La humanidad estaba acostumbrada a las inteligencias artificiales, que se habían introducido paulatinamente en todas y cada una de las facetas de la vida humana. Sin embargo, era la primera vez que se incorporaba en un navío de combate espacial.

- *Saludos tripulación. Espero que la estancia aquí sea de su agrado. No duden en solicitarme ayuda en cualquier momento. Solamente deben pronunciar mi nombre y después la petición a realizar.*

- Casiopea, eres muy amable. Gracias – respondió Jack.

- *Estoy aquí para servirle señor Foss* – la voz de la IA era dulce, femenina y demasiado perfecta para ser real.

Después de aquel paseo por las entrañas del destructor, se desplazaron hasta el comedor. Muy acogedor, con una gran mesa ovalada de color grisáceo. Mientras comían, Gabriel observó algunos cambios que habían tenido lugar recientemente. Michael y Sara parecían haberse hecho algo más que amigos. Pensó que no era común que un espía mantuviera una relación amorosa estando de servicio, a menos que fuera estrictamente necesario para conseguir su objetivo. Ella carecía de conocimientos técnicos sobre la nave. Pudiendo elegir, hubiera sido más lógico un acercamiento a Jane, responsable de ingeniería, a quién podría sonsacarle valiosa información. Por lo que Gabriel manejó la posibilidad de descartar, al menos de momento, a Sara Rodríguez y Michael Lombardi como sospechosos.

Por otra parte, estaba Akira Watanabe, tan poco hablador y con una actitud tan pasiva que lo más sencillo sería haberlo detenido por espionaje preventivamente, por tener un comportamiento tan sospechoso. Además, su historial decía que padecía trastorno bipolar. En ese caso, lo difícil fue comprender como a esa persona se le podía dar autorización médica para salir al espacio. Debía medicarse diariamente y en cualquier momento podía tener repentinos cambios de humor, pasando de la euforia a la depresión y viceversa.

Al lado del japonés se encontraba Peter Morgan. Gabriel le observaba mientras comía y repasaba su expediente que se proyectaba artificialmente en su retina, gracias a un implante en su globo ocular. Lo único destacable, a parte de una hoja de servicios totalmente intachable, fue la dura pérdida que sufrió hace cuatro años. En unas operaciones militares de pacificación vio morir a su hermano gemelo en medio de un fuego cruzado. Esto le había mantenido fuera del servicio durante los seis meses siguientes, en los que estuvo bajo tratamiento psicológico.

Transcurrieron varios días. La nave seguía su camino hacia el agujero negro, que a pesar de estar tan cerca no podía ser visto con los ojos, solo podía intuirse por la gran mancha oscura que se extendía ante ellos. La estrella más cercana se encontraba a varios años luz, solo podían verse las que quedaban atrás, pues la luz procedente de la otra mitad parecía simplemente desaparecer, como absorbida como por arte de magia.

Jane estaba descansando en su levitador, cuando Gabriel entró sin avisar. Ella vestía apenas un par de delgadas prendas que dejaban ver sus largas piernas y un ombligo perfecto.

- ¿Qué quieres? - dijo ella.

- Solo hablar – respondió. - Me aburría en mi camarote y pensé que no sería el único.

Jane se recostó sobre su lado izquierdo y miró a Gabriel a los ojos.

- Yo no me aburro. Cada día he de comprobar todos los sistemas de la nave y corregir la trayectoria de aproximamiento al punto de salto.

- ¿No es cierto que la IA se encarga de la tarea de mantenimiento y corrección de la trayectoria? - preguntó Gabriel, al tiempo que se daba cuenta de lo inapropiada que era esa pregunta.

- La trayectoria y velocidad de la nave antes del salto es tan importante que deben ser comprobadas varias veces. Una desviación de una décima de grado nos llevaría a cientos de años luz de distancia de nuestro objetivo – dijo Jane. - Para que todo salga como esperamos esta nave tiene que funcionar bien y no voy a permitir que toda la responsabilidad esté en manos de una máquina, una inconsciente inteligencia artificial.

Parecía que a Jane no le agradaban demasiado las máquinas. Algo aparentemente contradictorio en una ingeniera. Gabriel agarró una foto en la que aparecía Jane con sus padres cuando tenía solamente tres años.

- ¿Cómo es que tu padre te lleva con él a una expedición tan peligrosa?

- Él no quería que viniese. Pero yo insistí. Me dijo que aunque esta aventura era un sueño para él, no iba a ponerme a mí en peligro.

Gabriel no podía dejar de pensar en la equivocación que estaba cometiendo al implicarse sentimentalmente con esa mujer. Pero no podía evitarlo.

- ¿Y qué hay de ti? ¿Qué te ha traído hasta aquí? - preguntó ella espontáneamente.

- Me han... dado este trabajo en mi agencia... - dijo él tímidamente.

- ¿Para una agencia británica? - insistió.

- No puedo dar más detalles – sentenció Gabriel con un leve movimiento de cabeza. - Lo siento.

- Vaya que reservado. ¿No serás un espía?

- Sí que lo soy, pero no se lo digas a nadie – dijo Gabriel. Esa pregunta le había dejado algo perplejo.

Jane sonrió. Fue un gesto muy sutil, pero fue el primer signo emocional que había mostrado ella desde que la vio por primera vez. Gabriel dejó la foto de Jane sobre la mesa.

- ¿Crees que tendremos éxito? - preguntó.

Jane dirigió su mirada hacia arriba, clavándola en un pequeño foco de luz.

- Es el sueño de mi padre. Y era el sueño de mi abuelo. De alguna manera mi familia está ligada a ese destino. Lo único que desea mi padre es hacer historia y ser recordado

como un pionero, no como un multimillonario. Yo quiero apoyarlo, hacer todo lo que esté en mi mano para que todo salga como se espera. Nada me haría más feliz que verle poner un pie en Perses-2 y que dejara una huella para la historia, como aquella que dejaron en la Luna hace casi dos siglos. ¿Si creo que tendremos éxito? Estoy convencida de que todo va a ir bien. Tenemos la nave tecnológicamente más avanzada que se haya construido jamás y la mejor tripulación a bordo. La misión ha sido planeada durante meses, hasta el más mínimo detalle. ¿Qué podría fallar? - dijo.

Gabriel se acercó a ella y le tocó el hombro, al tiempo que esbozaba una sonrisa.

- Pienso exactamente lo mismo – dijo.

VI
Sabotaje

Una figura caminaba silenciosa cuando todo el mundo dormía. Las medidas de seguridad no supusieron ningún problema. Se trataba de un auténtico profesional con mucha habilidad.

La primera puerta que protegía la sala del motor de salto solo podía abrirse con una tarjeta electrónica imposible de falsificar y la segunda solamente se abría tras haber realizado un completo examen biométrico de retina, huella digital, voz y ADN. El saboteador, sin embargo, ya tenía todo aquello previsto de antemano. Por lo que pronto se encontró delante del inmenso motor de salto, todavía apagado, en reposo, esperando a que los expedicionarios lo necesitaran.

En el interior, no terminaban las medidas de seguridad. Había varias cámaras conectadas a la IA de la nave, que era capaz de reconocer rostros y de identificar personas. Si el entrometido utilizaba camuflaje óptico o incluso si se hacía pasar por otra persona, la IA podía seguir reconociéndolo mediante el análisis de su imagen en el infrarrojo, que es única en cada persona.

Todo eso también estaba previsto.

El intruso estaba delante mismo del motor de salto, o más bien, delante del supercomputador que lo controlaba. Utilizó una consola con la que introdujo algunas pequeñas modificaciones que pasarían desapercibidas, o al menos, hasta que ya fuera demasiado tarde. Al acabar cerró todo el sistema y lo dejó todo como estaba. Nadie podía descubrirle.

O eso creía.

Pequeños filamentos dorados salían de una estrella lejana y se arremolinaban en un torbellino de destellos que formaban una espiral en torno a la tenebrosa oscuridad del agujero negro, que absorbía a la estrella poco a poco.

A las pocas horas antes del salto la tripulación volvió a reunirse. Jane les explicó el procedimiento a seguir.

- En las próximas horas nuestra velocidad aumentará exponencialmente. La aceleración superará los límites que puede soportar el sistema de compensación gravitatoria de la nave, por lo que deberemos encerrarnos en la cámara de estasis.

Solamente Peter y Jane habían estado en una de esas cámaras. En su interior no se sentían los efectos de la aceleración o la gravedad, asegurando así la integridad de sus ocupantes, que de otra manera morirían aplastados.

Los tripulantes se dirigieron a la cámara de estasis, tomaron asiento y se ajustaron los cinturones de seguridad. Jane ocupaba un asiento más apartado cerca de un panel de control desde el que podía pilotar la nave. Ella era la única que había recibido instrucción en aproximaciones a agujeros negros. Siempre en simuladores, ya que de hecho, era la primera vez que un ser humano se acercaba tanto a uno de esos cuerpos.

Todos tenían miedo. Algo completamente normal.

- Velocidad actual 7% luz. Impulsores al máximo – informó Jane.

Peter se sentía desplazado. Era la primera vez que perdía el control de la nave. Y no podía entender porque no había recibido él esa formación. Quizá porque él no era el hijo de Jack Foss, el dueño de todo.

- Velocidad actual 9% luz. Corrigiendo trayectoria de aproximación.

Ya habían superado con creces la mayor velocidad jamás alcanzada por el hombre, que había sido conseguida utilizando estrellas masivas para acelerar. El problema de eso era que no todas las naves podían soportar la temperatura alcanzada.

Ellos no tenían que preocuparse de ese problema, sino de otro mucho peor. La radiación llegaba a límites que el escudo del Casiopea apenas podía detener. Por suerte en la cámara de estasis estaban a salvo de radiaciones extremas.

- Velocidad actual 12% luz. Detecto una pequeña vibración en el exterior de la cámara – informó de nuevo Jane. Su voz no reflejaba ningún miedo.

- No hay problema – comentó Peter -. Está dentro de los límites.

El tiempo pasaba cada vez más lentamente. Y no era solamente un hecho psicológico, los efectos relativistas estaban empezando a notarse, haciendo que el tiempo transcurriera más lentamente en el interior de la nave que en el exterior. Ya llevaban tres horas en la cámara.

- Velocidad actual 16% luz. Vuelvo a corregir la trayectoria de aproximación. La vibración aumenta, no sé si la nave lo soportará...

Pasaron otras tres horas. Se acercaban al momento del salto.

- La velocidad actual es de 22% luz. Llegamos al punto de salto. Todos los sistemas correctos. Voy a encender el motor de salto.

En ese momento un resplandor inundó la cámara. Rayos de luz parpadeante de color blanco se entrecruzaban con violencia como si fueran proyectados por mil soles. Algunos llegaron a creer que la nave había explotado y que se encontraban flotando en el espacio. Jane se dirigió a Akira rápidamente.

- ¿Qué demonios es esto? – preguntó -. ¡En las simulaciones no sucedía nada parecido!

- Debe tratarse de algún efecto desconocido – dijo Akira -. Nunca antes alguien había entrado en el horizonte de sucesos de un agujero negro. ¡Así que no te extrañes si encuentras diferencias entre realidad y simulación! ¡No te dejes distraer o asombrar por cualquier cosa que suceda, pues ni siquiera el espacio y el tiempo son aquí como los conoces!

Nadie entendió de donde provenía tanta luz, pero el físico parecía realmente complacido con aquel espectáculo.

A los pocos minutos el motor de salto empezó a acelerar partículas y a doblar el espacio y el tiempo a su alrededor. Los tripulantes del Casiopea sabían que probablemente no sobrevivirían, que el ser humano no estaba preparado para soportar esa experiencia extrema.

Gabriel intentó recordar la vida que una vez tuvo. Su madre llevó una vida poco

ejemplar y su padre... su padre le hacía la vida imposible. No tenía hermanos, o eso recordaba. La máquina que le había extraído los recuerdos no carecía de cierta ironía, pues el recuerdo más vivo que aún sobrevivía en su mente era el de su padre pegándole, mientras su madre se emborrachaba en su habitación, intentando evitar la realidad.

Jane se dio la vuelta y miró a Gabriel, como despidiéndose. Luego miró a su padre.

- Todo está listo, un minuto para el salto.

- Adelante – dijo Jack Foss.

En ese momento todos se cogieron de las manos, casi de manera inconsciente. Se oía a Peter rezar en voz baja. Todas las luces empezaron a parpadear.

- El motor está absorbiendo toda la energía. Saltamos en diez segundos – dijo Jane.

9...8...7...6...5...4...3...2...1...0...

Se hizo el silencio.

El brillo del agujero negro seguía brillando en la pantalla.

No habían saltado.

- ¡No responde el motor de salto, ni la IA! ¡Paso a salto manual! -gritó Jane.

- Debemos cancelar la misión. ¡No podemos saltar ahora! - dijo Peter.

- Ya no podemos escapar al agujero negro. La única manera es saltar, ¡si no moriremos!

- dijo Akira que acababa de abrir los ojos en ese momento.

Jane empezó a teclear rápidamente en el panel de control, cuando unas luces rojas se encendieron por toda la cámara.

- Fallo de integridad estructural – dijo Peter. – ¡La nave se hará pedazos! ¡Date prisa Jane!

Aunque la situación era extrema, Gabriel observó que Jane no mostraba ningún signo de nerviosismo mientras configuraba el salto manual. Tenía una voluntad inquebrantable.

No sabían cuanto tiempo había transcurrido, cuando por fin Jane dejó de moverse.

- ¡Salto manual preparado! Saltamos en 3... 2... 1...

El tiempo se detuvo por un instante, y luego la cámara se llenó de oscuridad.

Habían realizado el salto con éxito. Ya no se movían. Ya no corrían peligro. Todo parecía ir bien.

VII
Sospecha

Gabriel fue el primero en dar señales de vida.

- ¿Estáis todos bien? – preguntó.

Las luces de la cámara parpadearon levemente, como si quisieran encenderse.

- Está volviendo la energía – dijo Jane. – ¿Padre?

Jack Foss estaba paralizado. Confuso. Era evidente que intuía que su expedición, su sueño, había fracasado. Jane se acercó a él y le consoló.

- ¿Hemos... hemos llegado ya a Andrómeda? – balbuceó Jack.

- Me temo que no – le respondió su hija. – Me temo que no estamos en Andrómeda. No sé que ha podido fallar... Voy a comprobar los daños que ha sufrido la nave.

Todos se iban recuperando poco a poco, mientras que Jane y Peter analizaban el registro de daños.

- Todo parece correcto – comentó Peter. – No espera -. Peter se dirigió a todos los tripulantes mostrando un rostro sorprendido y señalando un indicador rojizo que acababa de encenderse en una pantalla -. Hay daños en los sistemas vitales.

- ¿Qué significa eso? – preguntó Sara.

- Que la nave no va a proporcionarnos más oxígeno – sentenció Jane -. Pero voy a repararlo, no os preocupéis – dijo mientras se alejaba con una caja de herramientas en la mano.

- Vayamos al puente de mando. Quiero ver como es Perses-2 – dijo Jack, todavía consternado.

Desconectaron la cámara de estasis, tras comprobar que los niveles de radiación externos eran seguros. Se dirigieron hacia el puente de mando, que todavía estaba cubierto por el escudo protector.

- Casiopea, retira el escudo frontal – ordenó Peter.

Poco a poco se fue desvelando el paisaje del lugar en el que se encontraban. No había estrellas, ni galaxias. Solamente una delgada línea recta y azulada que iba de un extremo a otro de su campo de visión.

- ¿Dónde estamos? – preguntó Jack, quien esperaba ver otra cosa. - ¿Qué demonios es eso?

- Casiopea, activa la visión holográfica. Muéstranos todo – ordenó de nuevo Peter.

Las paredes del puente de mando comenzaron a desaparecer, a hacerse transparentes, dejando ver el espacio exterior. Hasta que finalmente pareció como si estuvieran flotando en el vacío.

Michael cerró los ojos. Sara le agarró del hombro.

- Ábrelos Michael, es solo una ilusión. Estás aquí conmigo, estás seguro – dijo ella.

La delgada línea azul se extendía hasta rodear por completo a la nave.

- Nunca había visto esto antes. Es como un círculo gigante. Y estamos justo dentro de él – dijo Akira.

A Gabriel era otra cosa lo que le preocupaba.

- ¿Alguien puede decirme porque ha fallado el motor de salto? – dijo.

Todos miraron a Jane. Ella era la que había controlado la nave durante el salto.

Jane se dirigió a la IA de la nave.

- Casiopea, ¿Por qué no has seguido el programa establecido para el salto?

- *No poseo instrucciones para el salto* – respondió Casiopea, con una voz dulce, tan inocente, que producía escalofríos.

- ¿Quién ha borrado tus instrucciones?- preguntó.

- *Jack Foss...*

Hubo un silencio de perplejidad durante unos segundos. Gabriel no podía creer lo que oía. ¿De verdad Jack había saboteado su propia nave, su propia expedición e iba a poner en peligro su vida y la de su hija?

- Evidentemente se trata de un engaño – dijo Jack -. ¿Casiopea, tienes alguna prueba de ello?

En un video flotante apareció la imagen de Jack entrando en la sala de máquinas y tecleando en un panel. Todos le reconocieron.

Gabriel no sabía qué hacer. Nunca se había encontrado en una situación como esa.

-Señor Foss, yo... debo detenerle por sabotaje. Lo siento... - dijo Gabriel.

-¡No hablará en serio! - gritó Jack.

A pesar de insistir, el agente de seguridad hizo caso omiso. Jack fue encerrado en su camarote hasta nueva orden.

- Sabes que no soy un espía. ¡Yo te contraté! – gritó Jack -. ¡Cuando informe de esto al Servicio Secreto te vas a enterar!

- Usted me contrató para encontrar al espía. Si realmente es usted, entonces he hecho bien mi trabajo. Pero si ese bastardo está ahí fuera, le juro que le encontraré – Gabriel estaba convencido de que no estaba encerrando al espía, pero debía meterse en el papel que estaba interpretando. Él no era, para todos los allí presentes, un contraespía, sino un sencillo agente de seguridad.

Los tripulantes del Casiopea se reunieron, esta vez sin Jack. Para decidir que deberían hacer. Jane daba muestras de estar realmente disgustada. Peter estaba de pie en ese momento.

- Como mando militar de mayor rango, debo tomar el control de la nave. Debemos cancelar la misión inmediatamente y regresar a casa – dijo Peter.

- ¿Volver a casa ahora? – preguntó Akira con un gesto de desaprobación. – Mira ahí afuera, estamos en un lugar en el que ningún humano ha estado antes. Los datos que podemos obtener serían muy valiosos para la ciencia. ¿Por qué no quedarnos al menos un tiempo para explorar?

- ¿Explorar? ¿Qué demonios vas a explorar? Lo único que vemos es esa línea azul que nos rodea. Además, hemos estado a punto de morir por culpa de ese viejo, yo no pienso arriesgar mi vida por unos malditos datos – respondió severamente Peter, tras dar un golpe en la mesa con el puño cerrado.

Gabriel se puso de pie para poner orden.

- ¡Silencio! Discutiendo no llegaremos a ninguna parte. Se pueden hacer las dos cosas a la vez. Mientras se construye el portal de regreso, Akira puede recoger datos. Así todos ganamos.

Todos asintieron.

-¿Qué hay del sistema vital? – preguntó Michael -. ¿Se ha podido arreglar?

-Voy a preguntarle a Jane – dijo Peter tras activar el comunicador en su panel de control -. Jane, ¿me oyes? ¿Has podido reparar el reciclador de oxígeno?

- Me temo que no del todo – afirmó Jane con un tono incluso más serio de lo habitual -. He desconectado dos tanques averiados y el sistema ha vuelto a funcionar, pero solo a un 50% de su capacidad. Esto significa que puede mantener los niveles de oxígeno para cinco personas, pero no para siete.

- ¿Cuánto tiempo tardará el portal en estar preparado? – preguntó Gabriel.

- Demasiado tiempo. Los niveles de oxígeno llegarán a un nivel tóxico dentro de diez días, pero el portal tardará dos semanas en estar listo. Si no hay contratiempos – afirmó Jane.

Una tenebrosa bruma se dispersó por la sala. Aquel rompecabezas parecía no tener solución, o al menos no una solución razonable.

- Quizá dos personas deberían sacrificarse por el grupo – bromeó Michael.

Y la sala quedó en silencio. Peter pensó que quizá debería cambiar de tema.

- Casiopea, calcula nuestra posición en el mapa estelar – preguntó.

A los pocos segundos, la inteligencia artificial se manifestó con una voz que en aquella sala producía un eco aterrador.

- *Imposible realizar el cálculo. Datos fuera de rango* – dijo.

- Casiopea, ¿Qué dato o datos están fuera de rango?- insistió Peter, mientras caminaba lentamente alrededor de la gran mesa ovalada, mirando al altavoz por el que salía la voz de Casiopea.

- *La distancia desde el punto de salto.*

Peter pensó por un momento que es lo que significaba exactamente eso. Pero Akira se le

adelantó.

- Casiopea, ¿Cuál es la distancia máxima calculable? – preguntó Akira.

- *Aproximándolo a un número natural, el límite es de 32 mil millones de años luz.*

Akira se llevó las manos a la cabeza.

- ¿Eso es mucho no? – preguntó ingenuamente Sara, quien no era precisamente una experta en ciencias del espacio.

- Eso es más del doble del universo conocido. ¡Estamos como mínimo a una distancia que nos llevaría fuera del universo! ¡Fuera del universo! – gritó Akira. – Como es posible, solo hubo unos minutos de demora. ¡Tiene que haber un error!

- ¿No se llevó una sonda hasta Andrómeda? – preguntó Gabriel. – ¿No debería funcionar esta tecnología?

- Es cierto. Pero el caso es que el motor de salto de la sonda era mucho más pequeño que el de esta nave. Su masa era muy inferior y la velocidad que adquirió no se acercaba tanto a la velocidad de la luz. No se... quizá no tuve en cuenta los efectos relativistas – se lamentó Akira.

- Eso no importa. Debemos salir de aquí, y debemos hacerlo pronto – dijo Peter.

VIII
Portal

En la popa del destructor, dentro de un almacén gigante, se hallaba todavía desmontado el portal que debía ser construido en la órbita de Perses-2, que hubiera sido el primer enlace con la galaxia más cercana a la nuestra. Sin embargo, iba a ser utilizado para un fin bien distinto: salvar la vida de siete expedicionarios, cinco hombres y dos mujeres que se habían abalanzado contra un agujero negro con tal de satisfacer, en algunos casos su curiosidad y en otros sus aires de grandeza y riqueza. Para otros, como Gabriel, se trataba de un servicio más. O al menos hasta que se dio cuenta de que su propia vida corría peligro. Que podía quedar encerrado en aquel exótico lugar. Más allá del universo, rodeado por un extraño círculo azul.

Jane activó la secuencia de ensamblaje del portal. Pero algo falló.

- Casiopea, ¿por qué no inicias la secuencia de ensamblaje? – preguntó.

- *Órbita planetaria no detectada, localización incorrecta. Proceso anulado.*

- ¡Maldita sea! No estamos en órbita ni estamos en Andrómeda. Casiopea, inicia secuencia de ensamblaje. Prioridad roja – ordenó mientras deslizaba una tarjeta de seguridad por un lector.

- *Secuencia de ensamblaje iniciada. Todo el personal debe abandonar el almacén. Despresurización en treinta segundos.*

Jane ya estaba preparada. En unos segundos se abrió la compuerta exterior. Y se creó el vacío en el interior.

Inmediatamente un grupo de pequeños robots empezaron a trabajar. Eran auténticos obreros de la construcción espacial. Jane vio como uno de ellos se acercaba a recoger un pequeño segmento del portal y se lo llevaba al exterior. Cada uno tenía su función. Unos transportaban piezas hasta el punto de ensamblaje. Otros soldaban unas piezas con otras. Otros se dedicaban a supervisar. Era como un hormiguero, donde la hormiga reina era la IA llamada Casiopea.

Jane salió de allí y se quitó el traje. Gabriel le estaba esperando, con cara de disculpa.

- Lo siento Jane. Pero debes comprender que mi deber es protegeros, y si existe la sospecha de que tu padre tiene un comportamiento peligroso. Lo mejor es que esté en su camarote – dijo Gabriel.

- Mi padre no ha hecho nada de lo que debamos preocuparnos. Y lo sabes. Tienes que encontrar al verdadero culpable.

Sorprendentemente ella lo entendió, con algunas reservas. Llegaron a la conclusión de que el saboteador sentiría una falsa sensación de seguridad mientras Jack estuviera encerrado como presunto culpable. Esto le llevaría a cometer más errores.

Gabriel pensó que cualquier otra mujer habría reaccionado de una manera mucho más violenta. Pero ella no parecía enfadarse nunca, ni alegrarse nunca. Eso era algo que a él le intrigaba, y le hechizaba.

Los dos caminaron por una de las tres cubiertas del navío. A través de las pequeñas ventanas solo había vacío, aparentemente solo oscuridad.

- Este es un lugar muy triste – dijo Gabriel. – ¿No te parece?

Jane se detuvo. Parecía preocupada por algo.

- Yo también tengo que pedirte perdón. He estado muy distante, pero es mi manera de ser, soy así...

Él la abrazó cariñosamente. Ella se contrajo, como si no se lo esperase. O como si no estuviera acostumbrada al contacto humano. Gabriel no pudo contener el impulso de besarla, pero ella le rechazó.

Debo... debo irme. Tengo mucho trabajo por hacer – dijo ella, antes de salir corriendo y perderse al final del largo pasillo.

Esa acción evasiva no hizo más que aumentar el interés de Gabriel por ella – Quizá está enfadada conmigo, tiene razones para estarlo - pensó.

En el puente de mando, Peter estaba sentado en su asiento con las piernas por encima de un panel de control. En su imaginación, las paredes habían desaparecido y su cuerpo parecía flotar en el espacio, mientras el tiempo se ralentizaba hasta casi detenerse.

A su lado, Michael escribía en su libreta personal con mucho entusiasmo.

- Esto va a ser el mejor reportaje de mi carrera. Me voy a hacer tan popular que me pedirán que presente las noticias – pensó en voz alta.

- Eso si vuelves a ver la Tierra – dijo Peter, que acababa de salir de su sueño particular. – Aunque consigamos construir el portal, nadie nos asegura que vaya a llevarnos a casa. Estamos tan lejos que quizá las leyes de la física no tengan validez aquí.

Akira irrumpió en el puente en ese momento, justo a tiempo para responder a esa afirmación.

- Al menos algunas leyes siguen vigentes – dijo. - Las que mantienen unidos los átomos y las moléculas. Y las que rigen el comportamiento de la luz y de la electrónica. Si no, no estaríamos ya aquí – añadió.

- Vaya ya llegó el físico – dijo Peter. – Apuesto lo que quieras a que no puedes explicar que es esa línea azul que nos rodea.

- De momento no puedo explicarlo. Pero cuando tenga suficientes datos podré hacerlo. Es por eso que vengo al puente, para utilizar los instrumentos de la nave.

La manera más fácil de manejar el instrumental de la nave era hablando directamente con la inteligencia artificial, aunque no era muy cómodo para algunas tareas de precisión.

El destructor contaba con un telescopio relativamente potente. Tenía la misma capacidad que un telescopio de principios del siglo XXI, aunque era mucho menos potente que uno de los que fueron construidos en órbitas lejanas alrededor del Sol, más allá de Saturno, capaces de observar planetas en galaxias próximas. Además de un telescopio, poseía un espectrómetro, capaz de analizar de qué están compuestos los objetos distantes. Sin hablar de la capacidad de detectar radiaciones en todo el espectro electromagnético. Estas características eran únicas del Casiopea, por su labor científica, y no serían incorporadas en los destructores de la misma clase fabricados en el futuro.

Akira tomó imágenes de todo el entorno, en especial de la línea azul. Primero en el rango visible, después en el infrarrojo, el ultravioleta, los rayos-X, y así hasta que se quedó solo en el puente de mando, debido al aburrimiento extremo de los otros dos.

- Es curioso – pensó Akira. – No hay absolutamente nada a nuestro alrededor. Solo vacío. Y luego está esa cosa... que solo emite radiación visible. Si realmente estamos tan lejos de cualquier galaxia del universo, parece evidente que haya vacío, pero no entiendo qué demonios tiene que ver ese círculo. Es como un horizonte que nos rodea. Una división entre dos partes. Cielo y tierra...

Mientras divagaba no se dio cuenta de que los sensores de la nave habían detectado un objeto lejano, que provenía precisamente de aquel círculo azul. Fue Casiopea quien le avisó.

- Atención, objeto desconocido detectado. Se ruega al personal autorizado que acuda al puente.

El puente rápidamente se llenó de gente. Sara y Michael fueron los últimos, y por su apariencia, parece ser que se habían vestido con prisa y mal.

Peter y Jane ocuparon sus puestos. El resto estaba de pie intentando ver aquello que se aproximaba, en vano.

- El objeto está a quinientos kilómetros y se acerca – dijo Peter.

Todos estaban expectantes. No había ocurrido nada interesante desde que llegaron a aquel misterioso lugar.

- Parece que voy a tener que escribir más – dijo Michael.

IX
Encuentro

Jane intentaba analizar aquel objeto extraño que se aproximaba. Pero todavía estaba demasiado lejos.

- ¿Puede ser un asteroide? – preguntó Akira.

- Está desacelerando. No puede ser algo natural – respondió Jane.

Poco a poco se fue desvelando como un punto oscuro y lejano, a la vista de todos. Peter activó algunos sensores de la nave que estaban inactivos.

- Se trata de una nave, no hay ninguna duda – dijo Peter.

La humanidad todavía no había encontrado vida inteligente en otros planetas. Lo más parecido que se había descubierto fueron grupos de bacterias en las profundidades marítimas de fríos y lejanos mundos.

¿Es posible que se fuera a producir el primer contacto con una inteligencia extraterrestre? ¿Tan lejos de todo?

- Podrían ser hostiles. Voy a levantar el escudo protector – dijo Peter. Inmediatamente un halo de energía les envolvió, haciéndoles inmunes a cualquier disparo enemigo.

- ¿Y por qué pensar que son hostiles? – preguntó Sara. - Podrían ser amigos.

- Si son amigos desactivaré el escudo y hablaremos como pacíficos habitantes del espacio – respondió Peter. – Vaya, ellos también han activado su escudo. Esto podría responder a tu pregunta. Si no son hostiles son desconfiados.

La nave Casiopea aún conservaba algo de velocidad residual tras el salto. Peter creyó que sería conveniente detenerla por completo, cuando se dieron cuenta de algo asombroso.

- No os lo vais a creer – dijo Jane. – El escáner revela que se trata de una nave humana...

- ¿Una nave humana? – preguntaron todos al unísono.

- Sí. Y lo mejor de todo, es un destructor clase Casiopea, como el nuestro – reveló Jane. Parece imposible. Sólo se ha construido un destructor de esta clase...

Peter encendió el monitor y envió una petición para comunicarse con aquella nave. Para su sorpresa, apareció su propia imagen en el monitor.

- ¿Qué está ocurriendo aquí? Debe tratarse de un error. Se supone que debería ver la imagen de la persona que está al mando en la otra nave, no mi propia imagen – dijo Peter mientras se saludaba a sí mismo. – Esto es muy extraño.

Jane tocó unos botones en su panel de control.

- Peter, te confirmo que esa imagen corresponde al otro navío. No sé cómo es posible. Pero es así – dijo ella. – Debe haberse producido un cruce en la comunicación.

Pronto tuvieron la nave tan cerca que pudieron observar sus detalles a simple vista. Sin duda alguna, se trataba de una nave como la suya, o quizá sería más correcto decir que se trataba de su propia nave, pues tenía exactamente el mismo aspecto.

- Mirad, tiene montados instrumentos científicos en la cubierta superior. Como nosotros... - dijo Peter.

La nave se acercó aún más, y entonces se detuvo del todo. Quedando justo al lado y en paralelo ambas naves. Cuanto más observaban lo que tenían delante, más crecía su asombro.

- No puede ser, eso que hay tras la popa no será... - dijo Gabriel.

- Es un portal en construcción, como el nuestro – contestó Jane. – Mi padre debería estar aquí para ver esto.

Peter había visto muchas cosas en su vida de piloto. Naves hacerse pedazos orbitando estrellas, supernovas inundar el espacio, rayos láser de alta potencia hacer estallar asteroides... pero nunca nada parecido a aquello. Nada que desafiase hasta tal punto la razón.

- ¿Qué deberíamos hacer? Podríamos abordar la nave – propuso Jane.

- Para ello deberíamos desactivar el escudo, y eso es algo que no pienso hacer – contestó Peter.

Akira miraba por unos prismáticos a través de uno de los cristales que protegían el puente. Llevaba un rato observando el puente de la otra nave y no hacía más que hacer gestos extraños con la mano.

- Creo que deberías desactivarlo. Si lo haces, ellos también lo harán – dijo Akira.

-¿Cómo estás tan seguro? – preguntó Peter.

-No sé cómo explicarlo, pero lo que vemos es un reflejo. Como un reflejo en el espejo.

X
Reflejo

Un largo conducto cilíndrico sobresalió de uno de los laterales de la nave. Poco a poco se fue aproximando al otro extremo. Peter no podía salir de su asombro.

- Es la mejor conexión que he realizado nunca. Parece que no pueda ser verdad.

Finalmente los dos conductos se unieron a una distancia intermedia entre las dos naves.

- Si solo es un reflejo, ¿cómo explicas que hayamos podido conectar los conductos? – preguntó Peter, dirigiéndose al físico, quien simplemente negó con la cabeza.

Gabriel miró a Jane. Pensó que quizá debería decirles a todos quien era realmente, porque le costaba seguir en el papel de protector, de responsable de seguridad, cuando ni él mismo estaba seguro de si lo que estaba ocurriendo podía ser real. – Quizá ya estemos muertos – pensó. A pesar de ello, una fuerza interior le llevó a tomar una decisión.

- Yo entraré en el túnel y llegaré a la otra nave. Es mi deber – dijo.

Jane se dirigió a él, y le cogió de la mano. Mirándole a los ojos descubrió que, por primera vez, sabía que ella sentía algo por él. Y eso le dio energía.

Gabriel entró en su camarote y recogió su pistola láser, que le sería útil en caso de que hubiera presencia hostil en aquella nave. A parte de eso, todos los demás dispositivos estaban implantados en su cuerpo.

Justo al lado de su camarote estaba el de Jack Foss. Pensó que quizá debería hablar con él, pues al fin y al cabo seguía siendo el organizador de la expedición.

- Gabriel, ¿qué ocurre? – preguntó Jack, que se entretenía escribiendo algo en un libro de papel auténtico.

- Vaya, ya pocos utilizan esos objetos. Parece muy antiguo.

- Fue un regalo de mi abuelo, él fue el fundador de la corporación que hoy presido. Él fue el aventurero original. Viajó por todo el sistema Solar y dejó constancia de sus vivencias en este diario. Describe las tormentas de Marte, los volcanes de Io, los peligros del cinturón de asteroides... yo lo único que hago es continuar lo que él empezó – explicó Jack.

Gabriel intentó hacerle comprender lo que había sucedido. De alguna manera él lo entendió, o al menos eso creyó Gabriel. Desde luego no se trataba de algo que fuese fácil de asimilar.

- Suerte, joven – deseó Jack.

Si la suerte existía, ese era un buen momento para que hiciera acto de presencia.

Abandonó el camarote de Jack y se dirigió a la zona de embarque, donde estaba el conducto de conexión con la otra nave.

La compuerta estaba cerrada por motivos de seguridad y solamente podía abrirse desde dentro. Gabriel activó su pistola láser, que hizo el típico ruido de carga. Las pistolas láser convencionales eran capaces de producir quemaduras internas, pero rara vez provocaban la muerte a menos que se apuntara a la cabeza o a puntos vitales. La pistola de Gabriel era algo diferente, poseía una batería mucho más potente y un rayo capaz de

cortar, literalmente, la carne. A pesar de tratarse de un arma ilegal, su uso estaba muy extendido entre los agentes del Servicio Secreto, ya que concentraba una gran potencia de fuego en muy poco espacio.

Apuntó con su arma ya cargada hacia la compuerta y pulsó el botón de apertura. Al abrirse pareció expulsar algo de aire, al no estar del todo equilibradas las presiones del exterior y del interior. Poco a poco un largo pasillo fue apareciendo.

Había alguien al otro lado. A Gabriel le entró pánico. Su dedo se aferró al gatillo de su pistola de tal manera que estuvo a punto de disparar, pero era consciente de que un disparo dirigido al conducto podría provocar una brecha que sería fatal para él.

- ¡Identifícate! – gritó Gabriel. Se produjo un gran eco, como si su voz se hubiera amplificado en gran medida.

La persona que había al otro lado le apuntaba con un arma, su cara quedaba oculta tras ésta. Gabriel puso un pie en el conducto y bajó ligeramente el arma, cuando se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Se encontraba ante un reflejo de si mismo. Como un espejo.

A medida que se iba acercando al centro del conducto, su reflejo hizo lo mismo. Pero aquella imagen de él mismo tenía algo extraño. No era exactamente como la imagen de un espejo, sino que parecía estar invertida, de tal manera que cuando Gabriel se desplazaba a la derecha, su imagen se desplazaba a la izquierda.

Gabriel extendió la mano para tocar aquella imagen y entonces retrocedió al notar un tacto curioso. No era duro como un espejo, sino blando. Volvió a probar y golpeó con el puño, notando la misma sensación. Dio un paso a su derecha y su imagen lo dio también a su derecha, por lo que dejó de estar enfrente de él. – Esto no lo hace un espejo – pensó -. Qué raro. Si esto es un espejo debería poder tocar algún tipo de superficie con mi mano desde donde estoy.

Pero no había nada delante de él.

Una idea empezó a gestarse en su mente. Una idea bastante aterradora.

Dio un paso hacia adelante, situándose justo al lado de su imagen. Dio otro y su imagen quedó detrás de él. – Esto no puede ser cierto. Es una locura – pensó.

¿Quién era la imagen y quién la persona real ahora?

Gabriel se adentró todavía más en el conducto. De vez en cuando miraba hacia atrás solo para comprobar que su imagen hacía exactamente lo mismo. Hasta que llegó al final y entró en la otra nave.

Algo le era familiar allí. De hecho, parecía que no hubiera salido de la nave Casiopea. Avanzó por la cubierta con el arma por delante, lentamente y con cautela.

En su vida había experimentado muchas veces la sensación de déjà vu. Pero nunca de esa manera. Gabriel tenía la certeza de haber salido de la nave pero en cambio se sentía como si estuviera volviendo sin haber cumplido su misión. Mientras tanto, una supuesta imagen suya se había colado en su nave. – Sólo es un reflejo – pensó. – Los reflejos son inofensivos.

Al final de la cubierta se encontraba el puente de mando. Gabriel se escondió justo detrás de una pared, y sacó la cabeza para espiar. No sin antes activar la función de camuflaje de su implante cutáneo, que hizo que toda su piel y su ropa tomaran un color metálico.

Si en el conducto se había cruzado con su reflejo, allí estaban los reflejos de los otros cinco tripulantes, que parecían estar discutiendo.

- No entiendo porque ha tenido que ir él solo – dijo el reflejo de Sara. – No sabemos que hay allí dentro.

- Sabe cuidarse sólo. No debemos preocuparnos de nada – respondió Jane.

Él estaba absolutamente desorientado y confuso. – Esto no es como un espejo, sino algo más real... - pensó, cuando alguien, o más bien algo, se había dado cuenta de que estaba allí.

- *El señor Weller ya está de vuelta, aunque parece ser que no quiere que le veamos* – dijo Casiopea.

Gabriel se puso de pie y levantó tímidamente su arma, apuntando a la cubierta.

- ¿Qué te ocurre Gabriel? ¿Por qué tienes puesto el camuflaje? ¿Y por qué nos apuntas con un arma? – preguntó Jane con cara de estupefacción.

Tras un segundo inmóvil y en silencio, decidió instintivamente que debía salir de allí. Se fue corriendo por donde había venido y en el conducto volvió a encontrarse con su reflejo. Resoplando, le apuntó con su arma.

- ¿Quién... qué eres? ¡Responde! – gritó Gabriel enfurecido.

Pero su reflejo no hacía más que imitarle, como hacen todos los reflejos.

Gabriel perdió hasta tal punto el sentido de la orientación, que cuando pudo darse cuenta no recordaba de donde había venido, y adonde debía volver. Cuál de los dos lados era el real, el original, era algo que su mente era incapaz de distinguir.

Eligió un camino al azar. ¿Qué otra cosa podía hacer? No había observado ninguna diferencia entre su nave y la otra, la copia.

Regresó al puente de mando, o más bien, y dadas las circunstancias, sería más apropiado decir que probablemente regresó. Allí le esperaban sus compañeros de expedición, algo confusos, como si hubieran visto algo fuera de lo común.

- ¿Qué te ocurre? – preguntó Jane. - ¿Por qué nos has apuntado antes con un arma?

A menos que encontrara alguna diferencia entre ambos lados, lo iba a tener difícil para dar una explicación racional.

-Tenemos que hablar. Todos.

XI
Razón

Esta vez era Gabriel quien estaba de pie en la sala de reuniones. Caminando inquietamente de un lado a otro. Todos le miraban con atención.

- Creo que nos debes una explicación. Gabriel Weller, si es que te llamas así de verdad – dijo Peter.

- ¿Qué estás insinuando? – preguntó Jane. – Él no es ningún espía.

- Claro, por eso nos estaba observando con el camuflaje activado. Déjame pensar, quizá es que le gusta oír las conversaciones ajenas. Quizá es simplemente un morbosos – dijo Peter sarcásticamente. – O puede ser que él sea el auténtico espía y tu padre esté encerrado en su camarote siendo inocente.

Michael se levantó de su asiento y alzó las manos.

- Tranquilos, tranquilos. Dejemos hablar a Gabriel. Si realmente no es un espía tendrá una buena justificación para lo que ha ocurrido.

Todos volvieron a mirarle, pero esta vez sus ojos demostraban algo más de desconfianza, tras los comentarios del piloto.

- No es un reflejo – afirmó Gabriel. - O al menos no el reflejo como el de un espejo corriente. Es algo más elaborado.

- ¿Qué has visto allí? ¿Has podido entrar? – preguntó Akira.

- Nosotros estamos allí, eso es lo que he visto. Lo mismo que hay aquí está allí. Entré en la nave y llegué al puente de mando, cuando por seguridad activé el camuflaje y empuñé mi arma. Entonces fue cuando os vi. Fue el pánico lo que hizo que saliera corriendo. Debéis entenderlo, no sabía lo que podía encontrar allí – explicó Gabriel.

La desconfianza se convirtió rápidamente en incredulidad.

- Tu historia tiene un pequeño error. Tú has ido a la otra nave, pero hemos sido nosotros los que te hemos visto. ¿Vas a decirme que ha sido tu reflejo? – señaló Peter.

La mente humana no estaba preparada para asimilar algo así. Lo más efectivo era utilizar aquello de “más vale una imagen que mil palabras”. Gabriel se dirigió hacia la salida.

- Seguidme.

Gabriel tenía razones personales para llevarles al conducto. Quería descartar su propia locura. Para su alivio, esta vez el reflejo resultó ser múltiple. Las cabezas de los seis tripulantes asomaban por el estrecho conducto, observándose a sí mismos en el otro extremo. Akira se adelantó.

- Es curioso. Es un efecto de simetría. Eso explica porque la otra nave venía en sentido opuesto al nuestro – Akira se acercó hasta tocar a su reflejo. – Espera un momento, ¿qué es esto?

La mano de Akira se cerró, agarrando la mano de su reflejo. Luego extendió la otra mano y le tocó el rostro. Su copia hacía exactamente lo mismo.

- ¿Quiénes son? – preguntó Sara.

- Somos idénticos – respondió Akira -. Solo he visto algo parecido en la mecánica cuántica. Utilizando el efecto de enredamiento cuántico podemos obtener dos partículas con estados cuánticos idénticos.

- Efecto que aprovechamos a diario para la comunicación a largas distancias y la tecnología de computación cuántica – añadió Jane.

- Exacto, pero la diferencia es que el espacio al otro lado parece estar invertido. Imagina que te miraras ante un espejo y que al desplazarte hacia un lado tu reflejo lo hiciera hacia el lado contrario. Sea lo que sea lo que tenemos ante nosotros, va más allá de toda comprensión humana. Estamos tan lejos de todo el universo que hemos estudiado que parece que cualquier cosa sea posible, incluso fenómenos tan exóticos y raros como éste. La pregunta que me hago ahora es, ¿Por qué ahora y por qué aquí? – concluyó Akira.

- Quizá... sea demasiado aventurado intentar descifrar este misterio. Es posible que sea algo que no podamos o debamos saber nunca. – dijo Sara, aferrada fuertemente al brazo de Michael.

- Yo lo único que puedo decir, es que me he equivocado con Gabriel. Lo siento – dijo Peter. Seguidamente les pidió amablemente que abandonaran el conducto y que nadie se acercara sin comunicarlo antes. Pensó que aquello no carecía de cierto peligro, no por haber presentado indicios de serlo, sino por todo lo contrario. No sabían nada sobre su naturaleza.

Peter esperó a que todo el mundo volviera a sus actividades. Existía una razón muy personal por la que debía incumplir la misma orden que él mismo había dado.

Tenía que entrar en ese conducto.

Desde que murió su hermano gemelo hace cuatro años no dejaba de acordarse de él cada vez que se veía en el espejo. Era una tortura.

Pero esta vez estaba allí de pie, ante el reflejo más perfecto que había visto jamás de sí mismo. Mirándole fijamente en silencio, esperó. Esperó más. Pero aquella figura no hablaba – que tontería – pensó. – Mi hermano está muerto. Yo le vi morir.

XII

Consciencia

Pasaron cinco días desde el gran salto. Jane estaba sola en el puente de mando, mientras los demás dormían en sus camarotes.

Como ingeniera tenía que recurrir a la tecnología para intentar dar solución a aquel problema que les había surgido. No podía hacer otra cosa más que afrontarlo, pues aún quedaban varios días hasta que el portal de regreso a casa estuviera terminado gracias a los pequeños robots ensambladores, que trabajaban sin descanso, día y noche, si es que podía hablarse de día y de noche en aquel lugar.

- Casiopea, identifica la nave acoplada a la nuestra – pidió Jane en voz alta.

Tras unos breves segundos de demora, finalmente la inteligencia artificial contestó, mostrando los datos en una pantalla al mismo tiempo que los leía.

- *Destructor clase Casiopea,*

Identificador de navío 00001042,

lugar de construcción: la Tierra,

fecha de construcción: año 2145 – contestó.

Jane hizo un gesto de desaprobación. – Eso ya lo sé, maldita sea – susurró.

- Casiopea, ¿puedes comunicarte con la inteligencia artificial a bordo de esa nave?

Esta vez la demora fue mayor, como si esa pregunta hubiera puesto en jaque al cerebro electrónico del navío.

- *No puedo procesar una respuesta satisfactoria a esa pregunta.*

Jane se tiró de los pelos. Aquella estúpida máquina estaba empezando a sacarle de quicio.

- Lo diré de otra manera... Casiopea, ¿cuántas naves detectan tus sensores?

- *No hay otras naves dentro del alcance de mis sensores – respondió la IA.*

A través de los amplios cristales del puente de mando podía verse claramente la popa de la nave con la que estaban acoplados.

- Casiopea, revisa el estado de los sensores. Deben estar averiados – pidió Jane.

- *Los sensores funcionan correctamente. Sin embargo, detecto una avería en los sistemas de mantenimiento vital. Recomendando...*

- ¡Ya lo sé! ¡Joder! – Jane golpeó uno de los cristales con la mano abierta. - ¿Tantos millones de euros de presupuesto para construirte y no sabes ver una maldita nave que está pegada a ti?

Mientras se desahogaba descubrió su reflejo en el cristal que acababa de golpear. Recordó que aquella máquina con la que conversaba carecía de auto-consciencia. En otras palabras, no era capaz de reconocerse en un espejo.

Es posible que simplemente sus sensores confundieran la presencia de la extraña nave con la suya propia. En cambio Jane podía leer claramente en uno de los paneles

información de los sensores. Efectivamente, todos confirmaban que tenían una nave justo al lado.

¿Y si Akira tenía razón? ¿Y si se trataba de una imagen perfecta de ellos mismos?

De todas maneras, Jane decidió seguir insistiendo.

- Casiopea, Voy a plantearte un problema de física.

- *Me gusta la física, Jane. Te escucho.*

- Está bien. Una nave con siete tripulantes a bordo navega a baja velocidad en línea recta, cuando entra en contacto con otro navío exactamente igual que navega en dirección contraria, en cuyo interior hay exactamente los mismos 7 tripulantes. Además, estos actúan de la misma manera. ¿Cuál es la explicación más probable en términos físicos? – expuso Jane.

- *No puedo procesar una respuesta satisfactoria a esa pregunta.*

Jane estaba realmente cansada de esa respuesta predefinida que anunciaba el desconocimiento de una respuesta lógica.

- Casiopea, accede a tu base de datos de física teórica y hazme un resumen de las posibles teorías que tengan relación total o parcial con el fenómeno que te he descrito.

Transcurrieron unos segundos que a Jane le parecieron eternos.

- *No he encontrado coincidencias destacables.*

Llegó un momento en el que Jane pensó que no obtendría ninguna información útil de esa conversación. Se sentó en uno de los cómodos asientos y se preguntó que estaría haciendo su padre en el camarote. Y en quien estaría pensando Gabriel en ese momento.

- Casiopea, probabilidad de fracaso de la misión – preguntó con actitud bastante pesimista.

- *Define fracaso en este contexto* – pidió la IA.

- Casiopea... ¿Vamos a morir? – preguntó Jane con un suspiro.

- *La probabilidad de supervivencia de todos los miembros del grupo es del 1%.*

- *¿Motivos?*

- *Probabilidad de muerte por asfixia del 98%. Probabilidad de muerte por otros motivos del 1%. ¿Desea desglosar otros motivos?*

La macabra frialdad de aquel amasijo de cables no carecía de cierto sentido del humor.

- No es necesario, gracias. Casiopea, soluciones posibles de supervivencia parcial del grupo – Jane se tapó los oídos al hacer esta pregunta. Porque ya conocía una de las posibilidades.

- *El suministro de oxígeno será insuficiente para regresar a la Tierra a menos que dos tripulantes dejen de consumir oxígeno.*

Pero no esperaba que fuese la única.

Jane maldijo el día en el que dejaron de incorporar cámaras de hibernación en las naves espaciales. Ya no eran necesarias. Se tardaban apenas unos días en recorrer un sistema planetario de un extremo a otro. Solo dos de esas cámaras hubieran solucionado el problema.

A pesar de la oscura perspectiva, ella no iba a permitir que nadie muriera. No mientras estuviera allí, luchando.

Absolutamente bloqueada, no sabía qué más podía preguntar. En la academia le habían repetido una y otra vez que la inteligencia artificial a bordo de una nave moderna era capaz de asesorar a la tripulación de manera muy eficaz en la mayoría de situaciones.

Pero estaba claro que aquella no era una situación convencional.

Alguien entró sin avisar.

- Quizá Casiopea no haya tenido la oportunidad de conocerse a sí misma. ¿Qué utilidad tendría la consciencia en este caso? ¿No supondría un obstáculo a la hora de tomar decisiones con sangre fría? – Sara irrumpió en el puente. Parecía que llevaba ya un tiempo escuchando la surrealista conversación.

- ¿Qué sabes tú sobre ella? – preguntó Jane.

– Yo diseñé su perfil psicológico. ¿Por qué crees que tu padre me invitó a venir? No solo debía cuidar vuestra salud mental, sino también la cordura de esta máquina, que lo controla todo.

- ¿Es que puede una inteligencia artificial volverse loca? – Jane se sentía más relajada ahora que podía conversar con un ser humano.

- Si entendemos locura como un desorden de la razón. Entonces sí. En cierta manera pueden enloquecer.

Juntas compartieron un té verde mientras seguían conversando. A Jane le pareció que Sara era una persona muy interesante, y a Sara le atraía la extraña personalidad de Jane.

El portal de regreso a casa ya tenía forma de semicírculo. Los robots no descansaban nunca. Fríos. Eficaces.

Inconscientes.

XIII

Asimetría

Estaban sentados en silencio, comiendo la misma sopa monócroma e insípida de siempre. Solamente faltaba Jack, a quien le llevaban la comida a su camarote. Gabriel no sabía lo que era, pero algo había cambiado desde que entraron en contacto con sus reflejos. Se dio cuenta de que algunos estaban más inquietos de lo normal. Akira no se tomó su medicación para el trastorno bipolar, Peter parecía estar mirando al infinito y Jane estaba visiblemente disgustada.

- Debemos tomar una determinación – dijo Jane. - Si nos quedamos de brazos cruzados no sobreviviremos.

- ¿Qué propones? - preguntó Michael.

- Si dormimos a dos de nosotros reduciríamos el consumo de oxígeno lo suficiente – dijo Sara. - Es la única manera de que haya para todos. El resto utilizaríamos el oxígeno de los trajes para el regreso – añadió. - Tendremos que echarlo a suertes.

Todos parecían satisfechos con la propuesta. Todos menos Jane.

- Ya había pensado en esa solución. Pero siento ser yo quien tenga que decirlo. No disponemos de sedantes para hacer eso.

- Esto es un destructor. ¿Cómo demonios se supone que se va a atender a los heridos de guerra sin sedantes? – dijo Sara indignada.

- Alguien los ha robado. Deberían estar allí, pero no hay nada. Ya lo he comprobado. El hecho es que el saboteador no quiere que volvamos a casa. O al menos no quiere que volvamos vivos...

Varias miradas se dirigieron hacia Gabriel.

- Está bien. Iré a hablar con Jack. Aunque opino que él no tiene nada que ver en esto. Es demasiado fácil – dijo Gabriel.

Jack estaba tumbado en su levitador leyendo un libro. Parecía no afectarle la presencia de Gabriel.

- Señor, tenemos un grave problema que puede poner en peligro la misión – dijo Gabriel.

- ¿Me tienes aquí cautivo y vienes a pedirme consejo? – Jack alzó la vista por encima del libro. – Que ironía.

-Alguien ha robado los sedantes de la enfermería. Parece que forma parte del plan de sabotaje.

-¿Y yo que quieres que te diga? No soy el saboteador, por lo tanto no se nada, absolutamente nada. Esta misión ha fracasado, y todos hemos fracasado con ella. Le contraté para que evitara esta situación y no ha podido, no ha sido capaz de encontrar al culpable. Deberíamos estar construyendo el portal en la órbita de Perses-2 y no aquí en medio de la nada – reprochó Jack, antes de pedir amablemente a Gabriel que le dejase solo.

Gabriel no sabía qué hacer.

Ya había agotado todos los recursos. Había espiado a todos y cada uno de los

tripulantes, con todos los métodos posibles. En toda su carrera como agente de alto secreto nunca se había sentido tan perdido. El hecho es que como parte del sabotaje las instrucciones de la IA habían sido modificadas y los sedantes fueron robados. Además, los sistemas vitales que mantienen el oxígeno se habían averiado, supuestamente, durante el salto. – No sé qué conexión puede haber – pensó.

En su camarote, Gabriel volvió a ver el vídeo de seguridad donde aparecía Jack Foss saboteando el motor de salto. No había duda de que era él quien aparecía, sin ni siquiera preocuparse por ocultar su rostro, aunque eso hubiera sido en vano ya que no hubiera podido eludir el análisis térmico de su cuerpo. – Aunque hubiera llevado un traje de infiltración para hacerse pasar por Jack, es casi imposible engañar a un análisis del patrón térmico, no existe tal tecnología. No, no, espera un momento... - Gabriel recordó que se estaban llevando a cabo investigaciones sobre aquello en una compañía en la que realizó un servicio.

Buscó en una base de datos enorme de cientos de corporaciones hasta que al final dio con la que estaba buscando. Abrió su fichero correspondiente.

Nopticon Technology Corporation

Año de fundación: 2124

Sede central: Mare Nectaris, la Luna

Actividad: Óptica avanzada, sistemas de camuflaje y armamento láser.

Gabriel se extrañó de no encontrar más información sobre esa empresa. Es por eso que decidió preguntar a la IA.

- Casiopea, todos los ficheros tienen información detallada sobre la actividad de la corporación. ¿Por qué ésta no la tiene?

- *Señor Weller, esa información fue eliminada manualmente* – respondió Casiopea.

- *Casiopea, ¿Cuándo fue eliminada esa información?* – insistió Gabriel.

- *Dato no disponible.*

Gabriel hizo un amago de golpear la pantalla holográfica, pero se dio cuenta de que no podía tocarla, solamente maldecirla.

La guerra informática no era su especialidad, pero no hacía falta ser un experto para saber que no es fácil borrar un registro de la IA. Para ello hace falta una tarjeta de seguridad que solo tienen Jack y su hija Jane. – Ella... no tengo manera de saber si se ha eliminado aquí o ya estaba eliminada antes de iniciarse la expedición – pensó -. No puedo sospechar de ella por eso. Esto no hace más que confirmar que el espía sigue libre y tiene que ver con esa corporación, estoy seguro.

Mientras divagaba se dio cuenta de algo muy curioso que aparecía, o más bien faltaba, en el vídeo del sabotaje. La sala del motor de salto estaba bien iluminada, pero la figura de Jack no proyectaba ninguna sombra, era como un fantasma. – Que raro, debe haber una iluminación difusa – pensó.

Gabriel salió de su camarote para informar a la tripulación sobre sus hallazgos.

El pasillo era más tenebroso de lo habitual.

El inquietante silencio lo rompió una débil voz casi inaudible.

- ¿Quién anda ahí? – preguntó Gabriel.

Volvió a escuchar la voz pero esta vez pudo entender lo que decía.

- Gabriel... - susurró la voz.

El pasillo estaba vacío. Aquella voz masculina le resultaba familiar. Pero parecía no provenir de ninguna parte.

- ¿Dónde estás Gabriel? – susurró claramente la misteriosa voz.

Se acercó a la entrada del conducto. La voz parecía estar cerca de allí.

Abrió la compuerta, y como esperaba allí estaba su imagen, su reflejo, o lo que fuera aquella cosa que le observaba desde el otro lado. Gabriel avanzó hasta la mitad del conducto. Miró fijamente a su imagen a los ojos. Y entonces se dio cuenta de que había parpadeado un segundo, sin que él lo hiciera.

- ¿Qué está pasando aquí? ¿Quién demonios eres? – preguntó Gabriel antes de desenfundar su arma y apuntar a su imagen. No esperaba recibir respuesta.

- ¿Vas a dispararme? – dijo la imagen. – Lo dudo.

Gabriel caminó rápidamente hacia atrás y cerró la compuerta. Estaba en estado de shock.

Las cosas empezaban a ponerse complicadas.

Y asimétricas.

XIV
Ecuación

Akira escribía ecuaciones en la sala de reuniones utilizando un puntero electrónico especial. Las pantallas holográficas estaban llenas de símbolos cuyo significado Gabriel, que acababa de entrar apresuradamente, no llegaba ni siquiera a intuir.

- Me ha ocurrido algo que quizá te interese saber – dijo Gabriel. – Mi reflejo ha adquirido personalidad propia.

El físico dejó de escribir. Parecía algo alterado.

- ¿Cómo di... dices? - preguntó. - Eso no es posible, carece de sentido. No puedo explicar nada... no puedo explicar nada...

- No entiendo lo que quieres decir. ¿Te encuentras bien?

- No... no hay ninguna manera de analizar objetivamente lo que está ocurriendo. Parece que los destinos de las dos ramas se han bifurcado, y comienzan a distanciarse, como dos gemelos que nacen iguales y se van diferenciando con la edad. El... el tiempo amplifica los cambios... mata un grupo de primigenias bacterias de hace millones de años y tendrás un futuro completamente diferente. – Akira siguió escribiendo.

- Espera un momento, ¿quieres decir que lo que antes era un reflejo perfecto ahora puede convertirse en algo muy diferente? – insistió Gabriel.

- ¿Quién sabe? Podría convertirse en tu peor pesadilla – dijo Akira con una voz tenebrosa -. Ahora déjame solo, n... no interrumpas mi línea de pensamiento.

- Vale ya me voy. Pero antes dime que es lo que estás calculando – dijo Gabriel mientras se acercaba a la puerta.

- Lo... lo... que la máquina no puede calcular. La distancia que hemos recorrido. ¡Silencio!

Estaba claro que algo les estaba cambiando. Primero las alucinaciones y luego la persona con el pensamiento supuestamente más objetivo utilizaba argumentos filosóficos, casi místicos. - ¿Y desde cuando Akira tartamudea? – pensó.

Jack seguía encerrado en su camarote. Empezaba a estar algo cansado de su encarcelamiento. Sin saber apenas nada sobre lo que ocurría en el exterior. Mientras bebía una copa de whisky leía una de las historias que su abuelo había narrado en su viejo diario.

“...Estamos solos a millones de kilómetros de nuestro hogar. Caminando en la penumbra de un lejano y helado mundo llamado Europa, como el lugar del que provengo y al que no se si regresaré. Hace un frío extremo, y bajo mis pies hay agua, y en ella hay vida, aunque poco se parece a nosotros...”

“...Saturno está casi escondido tras unas lejanas montañas, pero sus anillos se elevan en el cielo. No hay nadie cerca, nadie que pueda consolar mi soledad, ahora que todos los que me acompañaban han perecido...”

“...Quizá cuando me encuentren, ya congelado e inerte, encuentren este diario y con él

mis pensamientos más profundos. En este desierto inmenso me pregunto quién soy, para que he nacido, y para que voy a morir. Quién soy no lo sé, desconozco la razón de mi existencia, lo único que puedo asegurar es que en la inmensidad del espacio hay alguien como yo, exactamente igual, que se hace esta misma pregunta...”

Jack solo deseaba repetir las hazañas de su querido abuelo. Quería llegar más lejos de lo que nadie antes había llegado. Estar allá donde nadie antes había estado. Dar un paso más y encontrar vida inteligente. En lugar de eso lo único que habían encontrado era un extraño lugar alejado de todo y la única vida inteligente allí parecían ser ellos mismos, y sus propias copias.

Mientras pensaba en todo eso se dio cuenta de que había alguien en el camarote.

- ¿Es usted señor Weller? No le he oído entrar – dijo Jack.

La figura no respondía. Es por eso que Jack se giró para ver que ocurría.

Aquella persona no era Gabriel ni nadie de su tripulación. Pero le resultaba muy familiar. Era una niña pequeña que llevaba un vestido blanco teñido de sangre. Parecía tener un fuerte golpe en la cabeza.

- Dios mío. ¡Jane! – gritó Jack al ver a su pequeña hija así. – No puede ser. Tú estás... tú estás...

- Estoy muerta – contestó la figura. – Pero tú me resucitaste.

Jack no podía contener las lágrimas, se acercó a su hija y la cogió de la mano.

- Papá te va a llevar a la enfermería. Aguanta – prometió mientras golpeaba la puerta y gritaba. - ¡Sacadme de aquí! ¡Ayuda!

Gabriel abrió la puerta y se encontró con Jack, que parecía estar desesperado. Allí no había nadie más.

- ¿Qué te ha pasado? Vamos a la enfermería, ven – pidió Gabriel.

Hizo que se tumbara en una camilla y le limpió las manos, que estaban ensangrentadas.

- ¿Dónde está la herida? – Jack no contestaba. – ¡Dime donde está la herida sino no puedo curarte! – gritó Gabriel. En ese momento entraron en la enfermería Jane, Michael, Sara y Peter.

Sara utilizó una pequeña linterna para observar los ojos de Jack.

- Ha sufrido un shock. Le pondría un sedante si no los hubieran robado.

- ¿Qué ha pasado? – preguntó Jane.

Jack agarró la mano de Jane fuertemente. Pareció recobrar parte de la cordura.

- ¡Hija! Siento lo que te hice. ¡Perdóname! – pidió Jack antes de perder el conocimiento.

Dejaron a Jack reposando en la enfermería y decidieron que debían hablar todos. Fueron en busca de Akira que se encontraba en la sala de reuniones. La puerta estaba cerrada

desde dentro.

- ¡Akira! ¿Qué estás haciendo? – preguntó Gabriel. – Me tiene preocupado. He observado que hace varios días que no toma la medicación para el trastorno bipolar. Al menos no lo hace en público. Además antes he hablado con él y tenía una actitud poco corriente.

- ¿Por qué no he sido informada? - preguntó Sara mostrando claros signos de enfado. - Se supone que soy la psicóloga de esta nave. Akira podría haber entrado en fase maníaca y sería capaz de cualquier cosa.

- Casiopea, ¿puedes desbloquear la puerta de la sala de reuniones? – preguntó Jane.

- *Desbloqueo autorizado.*

Michael tapó los ojos de Sara. Y cerró los suyos.

Un charco de sangre se extendía por la sala y las paredes estaban llenas de gráficos y ecuaciones pintadas a mano, de color rojo.

- No entréis si no queréis – dijo Gabriel.

Akira estaba tumbado en el suelo. Ya estaba muerto. Tenía varios cortes en los brazos que le habían ido desangrando poco a poco. Sara entró con Gabriel y confirmó que no tenía pulso.

- He visto muchos casos de paranoia. Pero todavía no entiendo como una persona puede llegar a esto. ¿Qué le habrá llevado a cometer esta locura? – dijo Sara.

Las pantallas holográficas seguían activas, pero estaban llenas. Es como si se hubiera quedado sin espacio para escribir en ellas y hubiera querido continuar en las paredes. Utilizando su propia sangre.

Jane era la única a quien no parecía afectarle, tan fría como siempre.

- Parece que no llegó a terminar los cálculos. Fue demasiado para él.

-De todas formas eso ya no importa. Saber dónde estamos no nos va a ayudar – dijo Gabriel, que había perdido las ganas de seguir investigando, de encontrar al verdadero espía, pues estaba claro que tenían un problema mucho más grave que resolver. – Debemos salir de este lugar lo antes posible – sugirió.

XV

Psicología

Gabriel analizaba los comportamientos de la tripulación desde el puente de mando. Pensó que así podría protegerles de ellos mismos. A su lado estaba Peter haciendo algunas comprobaciones.

- Quizá es inapropiado lo que voy a decir. Pero la muerte de Akira aumenta nuestra probabilidad de supervivencia.

Gabriel se abalanzó hacia Peter y le agarró del cuello. Estaba rabioso.

- No vuelvas a decir eso. Nunca.

- ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a matarme? Quizá deberías hacerlo, así habría oxígeno para todos – dijo Peter. Gabriel le dejó. – Eso está mejor. Bueno, voy a ir a echar una siesta. Controla tu testosterona, amigo.

Se quedó solo. Frente a él había una gran pantalla holográfica que mostraba las imágenes de todas las cámaras de seguridad del navío. En una de ellas podía verse como Peter entraba en su camarote. En otra se veía a Michael conversando con Sara en el comedor y en otra como Jane acompañaba a su padre en la enfermería. Todo parecía ir bien. Aparentemente.

Un pequeño parpadeo en las luces hizo que Gabriel alejara la vista de las cámaras. Activó un intercomunicador.

- Jane, ¿me oyes? He notado una bajada de tensión aquí.

El rostro de Jane pronto apareció en la pequeña pantalla del intercomunicador.

- La batería solar está casi vacía porque no hay estrellas cercanas que le proporcionen energía. Ahora activaré la batería de fusión, no te preocupes por eso – contestó.

- De acuerdo. Gracias Jane.

Gabriel volvió a mirar las pantallas cuando vio algo extraño en una de ellas. En uno de los pasillos había una figura difusa. No podía verse bien por la falta de luz. Miró el resto de pantallas y contó las personas que veía. Contó siete en total.

- Casiopea, ¿Cuántos tripulantes hay actualmente en esta nave? – preguntó.

- *Mis sensores detectan seis tripulantes.*

- Casiopea, Dime sus nombres.

- *Daré los nombres por orden alfabético, al no haber especificado ninguna ordenación. Jack Foss, Jane Foss, Michael Lombardi, Peter Morgan, Sara Rodríguez y Gabriel Weller. Además detecto que Akira Watanabe no presenta signos vitales...*

- Ya, ya... - interrumpió. – Casiopea, ¿Y quién es la persona que está en la cubierta B, en el pasillo central?

- *Ninguna presencia humana detectada en el lugar indicado.*

- ¿Y no humana? – insistió. La inteligencia artificial quedó en silencio durante un momento. – Casiopea, ¡contesta a mi última pregunta, maldita sea!

La IA no contestó, en su lugar, una voz familiar entró en su cabeza.

- ¡Gabriel! ¿Dónde estás? – gritó la voz. Esta vez se oía muy fuerte, casi parecía hacer temblar el casco de la nave. La imagen difusa desapareció de la pantalla.

El agente sacó su pistola láser modificada y se dirigió a la entrada del puente. Entró en el pasillo central.

Las luces todavía parpadeaban, estaba claro que Jane aún no había activado la batería de fusión. No podía verse el final del pasillo, que era el más largo de toda la nave, pues iba desde el puente de mando en proa hasta el almacén de popa. – Lo que le ha pasado a Akira no me pasará a mí. – Pensó. - Yo no estoy loco.

La figura difusa estaba en el pasillo. Apenas iluminada tenuemente por el parpadeo de las luces.

- ¡Alto! – gritó Gabriel. – Voy armado. ¡Identifícate!

La figura se acercó un poco más. Gabriel tenía el dedo temblando sobre el gatillo cuando una voz le habló desde el sistema de megafonía de la nave.

- Ya he activado el sistema de energía de emergencia. Las luces volverán en unos segundos – anunció Jane.

Tal como predijo, la luz se restableció completamente al poco de que las reacciones nucleares dentro de la batería empezaran a generar energía. La figura difusa se convirtió en un hombre de mediana edad, con aspecto bastante demacrado.

- ¿Por qué me miras con esa cara de estúpido? – dijo la figura. ¿Es que no saludas a tu padre cuando llega a casa?

Gabriel le reconoció. El recuerdo de su padre era uno de los pocos que aún mantenía de su vida anterior, antes de someterse al lavado de cerebro. Requisito obligatorio para entrar a formar parte de la élite de agentes de alto secreto.

- No recuerdo tu nombre. ¿Me lo puedes decir? – preguntó.

El padre siguió acercándose lentamente hacia Gabriel.

- Te has portado muy mal. Voy a tener que darte tu merecido – dijo mientras se quitaba el viejo cinturón.

Gabriel tenía algunas marcas de ese cinturón. Tan profundas que le habían dejado cicatriz.

- No avances más. ¡Voy a disparar! – gritó.

La figura hizo caso omiso por lo que Gabriel disparó varias veces contra él. Los rayos láser simplemente le atravesaron, impactando contra una de las gruesas paredes, que apenas sufrió algunos desperfectos superficiales.

- Tu madre está borracha como siempre, así que no se va a enterar de nada.

- ¿Cómo te llamas? ¡Dime tu nombre! – Gabriel sabía que si aquello era producto de su mente, no podría darle una información que no existía en ella.

Su padre estaba ya a punto de azotarle con el cinturón. Cuando de repente desapareció.

Se había esfumado sin dejar rastro.

Sara apareció detrás de él. Le dio un susto de muerte.

- ¿Estás bien? He oído unos gritos.

- ¡Sara! ¡No vuelvas a aparecer así de repente! No estoy bien. Tenemos que hablar.

Se acomodaron en el puente de mando. Aunque no habían mediado aún palabra, parecía como si ya supieran de que trataría la conversación.

- ¿Has visto a alguien? – preguntó Sara.

- ¿Cómo lo sabes?

- Lo he supuesto porque yo y Jack también hemos tenido alucinaciones. Siempre se presenta alguien que ha tenido un impacto traumático en nuestra vida. En mi caso, se me presentó un paciente que tuve hace muchos años. Sufría un trastorno depresivo severo. No pude hacer nada para ayudarlo.

- ¿Qué ocurrió?

- Acabó suicidándose. Se tiró desde una azotea. Siempre me he sentido culpable de ello, fue un fracaso tanto personal como profesional. Pero nunca creí que volvería a verle.

- ¿Y qué hay del señor Foss?

- Su caso es semejante. Parece ser que vio a su hija Jane justo después de tener un accidente de tráfico. Es curioso, pero me ha costado bastante esfuerzo conseguir que Jack me lo contara.

- ¿Entonces está ya consciente?

- Sí. Aunque recomiendo que no salga de la enfermería de momento. Está aún bastante afectado.

- Jack tenía las manos manchadas de sangre pero no presentaba ninguna herida exterior. ¿Crees que habría que realizar una exploración para descartar una hemorragia interna?

Sara se tocó el pelo y miró al suelo. Algo la preocupaba.

- No será necesario. He analizado la sangre y el resultado es muy claro. No se trata de la sangre de Jack.

- ¿De quién entonces?

- De su hija, Jane Foss. Sé que parece imposible pero Jack vio a su hija y la tocó. Él dice que la tocó y sus manos quedaron manchadas con su sangre. Esto no tiene sentido. Una alucinación no puede alterar el mundo físico, pues es solamente una experiencia subjetiva. Algo que está dentro de la mente del que la sufre. ¿Tú qué opinas? – preguntó Sara.

- Yo solo sé que acabo de ver a mi padre y le he disparado. Pero no le ha afectado. Eso reforzaría la teoría de la alucinación – respondió Gabriel.

- Todo esto es muy extraño. Me pregunto si Akira habría sido víctima de esto, o más bien de su propia enfermedad. Es posible que su mente fuese la más débil, por eso ha sido el primero en sucumbir a la locura que te produce este lugar.

Gabriel pensó en su padre. Intentó analizar y asimilar lo que acababa de ver. Y entonces pensó en las imágenes en las que supuestamente Jack Foss sabotaba la nave.

- La persona de tu alucinación. ¿Tenía sombra? – preguntó.

- Pues no lo sé – respondió -. Supongo que sí, porque el cerebro intenta recrear la imagen humana de la manera más real posible. Si no tuviera sombra, cualquier ser humano se daría cuenta de que lo que ve no es una presencia física. Aunque dadas las circunstancias, la ausencia de sombra en mi alucinación sería algo de mucha menos importancia. ¿Por qué me preguntas eso?

- Olvídalo. Es una estupidez.

Sabía que debía dejar de intentar resolver el caso. Aunque la idea de que el saboteador pudiera ser una alucinación le ponía los pelos de punta.

Había llegado un punto en el que parecía que nada pudiera sorprenderle.

XVI

Astrofobia

En el noveno día después de su llegada, el portal estaba casi terminado. Los niveles de oxígeno seguían bajando. La tripulación dormía, al menos todos menos Gabriel, que no lograba conciliar el sueño.

Una silueta femenina recorría los pasillos de la cubierta superior, buscando un camarote.

Alguien llamó a la puerta.

- ¿Quién es? – preguntó Gabriel.

- Abre, soy Jane. Quiero hablar contigo.

La dejó pasar y la invitó a sentarse con él en el levitador. Su rostro mostraba una expresividad y una viveza inusuales. Ella se acercó y le besó sin previo aviso.

- ¿Qué haces?

- Tú me deseas – dijo ella. Mientras volvía a besarle.

- Espera un momento, tú no eres así. ¿No crees que estamos en una situación lo suficientemente difícil como para pensar en otras cosas? – Gabriel alejó la cara de Jane con la mano.

- Tú lo deseas. Deseas hacer el amor conmigo desde que me conociste. Solo he venido a complacer ese deseo. Cuando se acabe el oxígeno moriremos todos. No rechaces esta oportunidad, porque quizá no vuelva a repetirse.

Gabriel efectivamente lo deseaba. Cuando la tuvo entre sus brazos y pudo besarla le empezó a dar igual la situación en la que se encontraban. Solamente se concentró en desnudarla, en satisfacerla.

Hicieron el amor durante horas. Flotando suavemente sobre el levitador.

Al día siguiente, Michael se encontraba en su camarote, redactando el largo reportaje que iba a traer de vuelta a la tierra. Añadía imágenes captadas con una cámara neural. Un dispositivo capaz de utilizar el ojo humano como si de una cámara fotográfica se tratara. Todavía no había leyes que regularan su uso, por lo que Michael pensó que sería una buena herramienta que le ayudaría en su trabajo, hasta que finalmente se prohibiera su comercialización, debido a su potencial uso en el espionaje.

Su relación con Sara era muy satisfactoria. Nunca imaginó que llegaría tan lejos cuando flirteó con ella la primera vez en el astropuerto orbital de Ensis-3.

Michael utilizaba su teclado virtual. No era tan rápida como la interfaz neural, que permitía escribir directamente con la mente, pero no tenía ninguno de sus efectos secundarios, como dolor de cabeza y desorientación, que realmente le desagradaban.

Entre párrafo y párrafo escuchó una voz femenina que le llamaba.

- Michael, ¡ven!

No le hizo demasiado caso. – Estoy cansado, esta noche no he dormido bien – pensó mientras se frotaba los ojos.

- ¡Por favor! Tienes que ver esto... - insistió la tenebrosa voz.

- Sara, ¿eres tú? ¿Dónde estás? – gritó.

Michael salió disparado por el pasillo, buscando el origen de la voz. Corrió y corrió hasta llegar finalmente a una compuerta, utilizada por los astronautas para salir a dar paseos espaciales.

Sara estaba fuera, sin traje, pero parecía estar bien. Sonreía.

- ¡Sara! – gritó. – Tienes que entrar, ¡te vas a congelar ahí afuera!

Seguía sonriendo. Le invitó a salir.

- He descubierto que aquí hay oxígeno y una temperatura agradable. No sé explicarlo pero es verdad. ¡Sal! ¡Compruébalo tú mismo!

- Sabes que tengo miedo al espacio. No voy a hacerlo – respondió.

- Cariño, solo cierra los ojos. Confía en mí. Es como flotar en el aire. Como volar.

Michael entró en la cámara de descompresión y activó la secuencia de salida. Lo que alertó al resto de la tripulación.

- ¿Qué está haciendo? – preguntó Jane. - Voy a intentar anular la descompresión desde aquí.

- No lo sé, pero como no hagamos algo no vivirá para terminar su reportaje – dijo Peter antes de salir corriendo hacia la cámara.

Sara seguía ahí afuera. Parecía muy feliz.

- Casiopea, anula el proceso de descompresión – exigió Jane.

- *Proceso no anulable.*

- ¡Joder! Casiopea, anula el proceso de descompresión, ¡prioridad roja!

- *Proceso no anulable.*

Peter llegó a la cámara de descompresión y vio como Michael miraba hacia el exterior. Parecía estar hablando con alguien, aunque allí no había nadie más. Golpeó el cristal con todas sus fuerzas, pero fue en vano. No le oía.

El proceso de descompresión terminó y la puerta exterior se abrió rápidamente, expulsando el cuerpo moribundo de Michael.

- ¡Mierda! – gritó Peter. – Voy a traerlo de vuelta.

Peter se puso el traje espacial lo más rápido que pudo, tan rápido que es probable que hubiera batido el récord mundial en velocidad. Si es que ese récord ha existido alguna vez.

No fue, sin embargo, lo suficientemente rápido para salvar a un ser humano que llevaba varios minutos en el espacio profundo, con una presión casi inexistente y una temperatura cercana al cero absoluto. La temperatura más baja que existe.

Llevaron el cuerpo de Michael a la enfermería. No para reanimarlo, sino para intentar comprender que había sucedido. Sara fue la última en enterarse, nadie pudo evitar que entrara en la enfermería, a pesar de haberle advertido del lamentable estado del cuerpo.

- La muerte por descompresión en el espacio es realmente horrible – dijo Jane –. Los globos oculares estallan. Si no se expulsa el aire de los pulmones éste se expande y destroza el tejido pulmonar, provocando la sensación de asfixia. El aire de la sangre se vuelve vaporoso creando burbujas que inflan todo el cuerpo y lo único que evita que explote es la piel. La consciencia todavía perdura unos segundos después de salir al espacio. Tiempo suficiente para notar como el frío te produce una hipotermia acelerada.

- ¡Cállate! ¿Cómo puedes ser tan cruel? – dijo Sara entre sollozos.

- Yo no pretendía... - Jane calló cuando Gabriel le hizo un gesto de negación.

Dejaron el cadáver de Michael junto al de Akira. La sala de refrigeración tenía un aspecto cada vez más siniestro.

Sara estaba hundida. La dejaron junto a Jack en la enfermería. Gabriel detuvo a Jane cuando parecía que quería evitar hablar con él.

- Voy a revisar los niveles de oxígeno, si me permites – dijo Jane.

- ¿Por qué me evitas? Ayer te presentaste en mi camarote, hicimos el amor y ahora te comportas así. ¿Acaso no te importa?

Jane entendió lo que le acababa de decir, aunque por la cara que puso parecía no comprender los motivos de aquello.

- Yo no he ido a tu camarote. Ni he hecho eso... que tú dices. Deben ser fantasías tuyas – contestó mientras se alejaba. – Parece que te estás volviendo loco, como el resto.

- Espera un momento. Si no has sido tú. ¿Quién fue entonces?

Ella sonrió.

-Mi doble quizá – bromeó.

XVII
Identidad

Llevaban doce días allí. Solo quedaban cinco tripulantes, de los siete que iniciaron la expedición.

El portal ya tenía forma de círculo completo. Lo único que le faltaba era la parte electrónica y el suministro de energía. En dos días estarían en casa.

Se sentían perdidos, desorientados. Habían muerto dos tripulantes y otros tres habían tenido alucinaciones, por llamarlas de alguna manera. Además, la persona que supuestamente debería darles apoyo psicológico, no estaba en condiciones de hacerlo.

Se reunieron en la enfermería. Prefirieron no mover de allí a Jack y a Sara. Aunque en realidad la causa principal era que no deseaban volver a la sala de reuniones, aún con sus paredes manchadas de sangre.

- Dentro de veinticinco horas el nivel de oxígeno empezará a ser insuficiente. Aunque entonces podremos utilizar las reservas de los diez trajes que tenemos. Suficiente para llegar a la Tierra – explicó Jane.

- ¿Estás contenta? – preguntó Sara. – Porque yo no lo estoy – rompió a llorar un momento y luego quedó en silencio.

- Si sobrevivimos, la muerte de Akira y Michael no habrá sido en vano. Podremos contarle al mundo lo que hemos vivido aquí – dijo Gabriel.

- Quizá sería mejor que no regresáramos. Qué este lugar muriera con nosotros – Peter hablaba en serio al decir eso. – Pero sino volvemos no podremos prevenir de lo que le puede ocurrir a otra nave que intente utilizar el motor de salto en el agujero negro – añadió.

En ese momento, Jack, tras varios días sin participar en ninguna conversación con la tripulación, decidió hablar.

- Lo que yo vi fue real. Mi hija estaba allí, hablándome. Pude tocarla y mis manos quedaron manchadas con su sangre. Si este lugar puede mostrarte cosas así, quiero regresar a casa, cuanto antes mejor.

Jane se acercó a su padre y le agarró del hombro. Le dio un tierno beso en la mejilla.

- Esto sí es real. Estoy aquí contigo. Regresaremos a casa, te lo prometo.

- Esa alucinación se hizo realidad porque Jack está implicado emocionalmente con la visión de su hija pequeña, herida tras un accidente. En cambio, Gabriel pudo ver a su padre, pero no pudo alcanzarle con su arma. Es como si la alucinación reflejara un estado emocional. La alimenta, le da fuerzas, y finalmente la materializa – explicó Sara.

- ¿Estás intentando decir que las alucinaciones se hacen realidad? Eso no tiene sentido – dijo Gabriel.

- Lo que digo es que Akira no consiguió calcular nuestra posición, porque estamos más allá de lo imaginable, más allá de la realidad científica conocida. Es probable que estemos en el límite que separa la materia de la mente, el límite del espacio. Y no tengáis ninguna duda de que esa banda azul que nos rodea marca el inicio y el fin de ese espacio límite.

- ¿Y qué tienen que ver las alucinaciones con la nave-reflejo? - Gabriel intentaba obtener respuestas, realizando preguntas casi retóricas.

- No sé... quizá no sea más que una alucinación colectiva. O bien se trata de un delirio de la propia inteligencia que controla la nave.

Sara se estaba volviendo paranoica. Quizá se encontraba ya en el mismo camino que llevó a los otros dos a la locura y al suicidio. O por el contrario, es posible que tuviera razón. - ¿Una IA que sufre alucinaciones? Menuda idiotez – pensó Gabriel.

De todas maneras, bautizaron aquel lugar como el Espacio Límite. El lugar del que debían escapar.

Jane se dirigió al almacén de popa para controlar el estado del ensamblaje del portal. Cuando pasó justo por delante de la compuerta que daba al conducto, algo la detuvo. Había alguien dentro que le llamaba. Pronunciaba su nombre. La invitaba a entrar.

Abrió la compuerta y se metió dentro del conducto. Su reflejo estaba allí, observándola. Jane no había tenido la necesidad de entrar allí, pero aquella figura misteriosa parecía llamarla. En el centro mismo se encontró con su doble. – ¿Y si soy yo el reflejo? – pensó.

Le acarició el rostro con las manos, luego los brazos y el cabello. Su reflejo hacia exactamente lo mismo con ella - ¿Esto es real? – Sintió un deseo irrefrenable de entrar en contacto con aquella entidad, que era ella misma, de saber lo que se siente al recibir tu propio calor. Jane abrazó a su reflejo, y se vio igualmente correspondida. Podía sentir el olor de su cabello, la humedad de su piel y el ruido que producía el roce con su ropa. En aquel momento, era el único punto en todo el universo en el que podía abrazarse a sí misma.

De pronto, el tacto agradable empezó a cambiar, a volverse más frío. El cabello desapareció y su piel se endureció. Jane se apartó súbitamente.

Su reflejo había cambiado. Se había convertido en una especie de robot humanoide. Ya no era humana, o más bien, ya no lo parecía. Jane no tardó en reaccionar.

- ¿Qué eres? – preguntó.

Los ojos de aquel ser sintético desprendían un brillo artificial.

- ¿Es que no te reconoces en el espejo? – respondió el ser. Alzó los brazos. – Ven, abrázame otra vez.

Jane abandonó el conducto y cerró la compuerta dando un golpe seco en el pulsador. Miró sus manos y tocó su rostro.

- Soy humana, soy humana, soy humana... - se dijo a sí misma.

XVIII

Enfrentamiento

En el puente de mando, Gabriel, Jane y Peter discutían sobre el plan de regreso a la Tierra.

- ¿Cuánto falta para que el portal esté listo? – preguntó Peter.

Gabriel notaba que Jane estaba algo distraída desde que volvió del almacén de popa. Estaba como ausente.

- Cuarenta horas, aproximadamente – respondió ella. - Y para llegar a niveles de oxígeno tóxicos, solamente diecisiete. Es muy justo, si algo falla estaremos perdidos.

- Luego está la otra nave... no sé porque estamos aún acoplados a ella. No nos ha traído más que problemas. Si por mi fuera la enviaría ahora mismo al infierno con una descarga láser – la actitud de Peter había cambiado. Parecía más agresivo. Más temerario.

Jane seguía ausente, miraba hacia la parte trasera de la otra nave. Ellos también construían un portal.

- Si hiciéramos eso ellos responderían de la misma manera. Recuerda la simetría – dijo Gabriel. – Te noto extraño. ¿Has tenido alguna alucinación como los demás?

Peter se puso de pie y le dio la espalda a Gabriel. Es como si quisiera ocultar la emoción que le iba a provocar hablar de lo que había visto.

- Yo tenía un hermano gemelo. Éramos casi iguales. Hace cuatro años la guerra se lo llevó – explicó.

- Debe ser muy duro perder a un hermano – Gabriel hizo como si no lo supiera, aunque ya lo había leído en su historial.

- Eso no es lo peor. Yo estaba junto a él cuando ocurrió, en una trinchera. Teníamos que avanzar posiciones, pero era muy peligroso. Le dije que no avanzara, pero no me hizo caso, a pesar de saber que aquella ciudad estaba infestada de francotiradores. En cuanto salió le alcanzó el disparo de un rifle láser que le atravesó el pecho. Eso es algo que ni siquiera los primeros auxilios integrados en el traje pueden remediar. Murió casi al instante y quedó allí tumbado, apenas a unos metros de la trinchera. Yo sabía que los francotiradores usarían ese cadáver como cebo, a la espera de que alguien fuera a recogerlo. Y no lo hice, a pesar de ver los ojos de mi hermano que aun me miraban. Solo pude quedarme en la trinchera llorando su muerte, hasta que llegó la artillería y arrasó la ciudad. Soy un cobarde.

- Has visto a tu hermano en esta nave – afirmó Gabriel.

- Sí. Estaba tumbado en el suelo, mirándome. En la misma posición en la que murió. No sé qué te hace este lugar. Pero te muestra lo peor de tus recuerdos. Y si esa maldita nave tiene algo que ver. ¡Juro que la voy a destruir y hacerla pedazos! – gritó mientras se sentaba en su puesto de mando.

- ¿Qué estás haciendo? – preguntó Jane.

- Voy a volar el espejo. Y lo voy a hacer tan rápido que no le dará tiempo a imitarme – Peter inició el desacoplo de la nave.

- Casiopea, anula la orden de desacoplo – ordenó Jane rápidamente. – Puedo repetirlo tantas veces como haga falta, y si insistes puedo desautorizarte, solo tengo que utilizar esta tarjeta roja de mi padre.

Peter se levantó y se abalanzó sobre ella, o más bien, sobre la mano que sostenía la tarjeta que permitía activar la prioridad roja, que daba control total sobre la nave y la IA.

- ¡Dámela, que seas la hija del jefe no va a evitar que use la fuerza contigo si es necesario! – gritó enfurecido. Gabriel le agarró por la espalda y le propinó un puñetazo tan fuerte que lo dejó tumbado en el suelo. Desenfundó su arma.

- No me obligues a utilizarla – Gabriel estaba acostumbrado a estas situaciones, por lo que pudo manejarla con serenidad. – Jane, desautorízalo. Está perdiendo la razón como les ha pasado a los otros.

Jane pasó su tarjeta por un lector integrado en el panel de control. Pero no terminó la operación. La inteligencia artificial les interrumpió.

- *Desacoplo de la nave activado. Se inicia proceso de descompresión del conducto.*

El asombro fue general. Jane miró el panel de Peter, la orden que había dado había sido correctamente anulada.

- Casiopea, ¿quien ha dado la orden? – preguntó Jane.

- *El origen de la orden es indeterminado.*

Una vez retirado el conducto la otra nave empezó a separarse lentamente.

- Esto no puede estar pasando – Peter se reincorporó, algo aturdido. – ¿Alguien puede explicarme porque la otra nave está moviéndose sola? Se suponía que eran un reflejo de nosotros mismos.

- Son un reflejo de nuestra mente. Y ahora nos muestran lo violentos que somos en realidad – dijo Jane. – En cuanto a tu pregunta, parece que van a atacar. Han activado los sistemas de defensa.

- *Comunicación de vídeo entrante – informó Casiopea. – Muestro en pantalla principal.*

El rostro de Peter Morgan apareció entonces. Su rostro serio no daba pie a ser optimista.

- Aquí el destructor clase Casiopea, comunicándonos con la otra nave. Este es un mensaje de advertencia. Desde que llegamos a este lugar, al que hemos llamado Espacio Límite, no han dejado de suceder cosas extrañas. Al principio parecíais un perfecto reflejo de nosotros. Pero poco a poco os convertisteis en una amenaza. Habéis matado a toda mi tripulación, y ese acto no quedará impune. Volveré a la Tierra y explicaré a la humanidad lo que he visto. Pero antes acabaré con vosotros para que no podáis hacer más daño. Casiopea, cierra el canal.

Peter, o más bien el otro Peter, no quiso conversar. Pronunció esas palabras y no esperó al terminar. Parecía decidido a hacer lo que había dicho.

- Espera un momento, ¡nosotros no hemos matado a nadie! – gritó Peter.

- Déjalo – dijo Jane. Ya ha cerrado el canal. No entiendo que es lo que ha sucedido en la

otra nave. Ni quiero saberlo. Ahora lo más importante es prepararnos para la batalla y rezar para que la suerte nos sonría – ninguno de ellos había estado en una batalla espacial real. Solo simulaciones.

Gabriel ayudó a Peter a ponerse de pie, y se disculpó tímidamente por el puñetazo. Piloto y copiloto ocuparon sus puestos. En un destructor solía haber más personal en el puente de mando a parte de los pilotos. En situaciones de guerra, era muy recomendable disponer de un artillero, un ingeniero y un capitán, como mínimo. Muchas veces los pilotos se especializan en la navegación, dejando el combate a los otros tripulantes.

Por suerte disponían de una potente inteligencia artificial capaz de encargarse de gran parte del trabajo. Además, si lo que había dicho el doble de Peter era cierto, en la otra nave solamente había una persona manejándola. Ellos eran dos.

- Casiopea, activa los sistemas de defensa – ordenó Jane. Luego pulsó un botón en un intercomunicador. – Papá, Sara. Agarraos bien, la otra nave se ha revelado y nos atacarán.

Alarmas intermitentes se oían por toda la nave, además la luz ambiental cambió a un tono rojizo. Cualquier persona medianamente inteligente se daría cuenta de que estaban a punto de combatir.

- *Sistemas de defensa activados.*

- Casiopea, estrategia de combate ante la amenaza enemiga – Jane sabía muy bien como realizar peticiones a la IA. Al fin y al cabo ella participó en el diseño de su programa operativo.

- *Navío enemigo no detectado. Imposible calcular una estrategia de combate.*

Jane recordó lo que ocurrió al preguntar sobre aquella nave que estaba acoplada a ellos. La IA no era capaz de reconocerla. De alguna manera, se trataba de una ilusión que solo afectaba al ser humano, o quizá una consecuencia de la falta de auto-consciencia de ésta. Gabriel estaba sentado junto a ellos, pero su presencia era más bien inútil. No tenía el más mínimo conocimiento sobre cómo manejar una nave, aunque sí que tenía experiencia en simuladores de espionaje y combate.

- Jane, quizá la nave no sea real. Actúa como si así fuera. Como si solo fuese una simulación – sugirió Gabriel.

- Tienes razón, como no se me había ocurrido antes. Casiopea, inicia el programa de simulación de combate – dijo. – Y hazlo rápido – pensó.

- *Simulación de combate activada. A la espera de especificaciones de combate.*

Una luz roja se encendió en el panel de Peter. Una luz de aquellas que no quieren decir nada bueno.

- He activado... es decir, mi otro yo está cargando los cañones láser. Tenemos que hacer algo Jane, ¡ya!

- Casiopea, entrada de datos verbal. El enemigo es un destructor clase Casiopea a unos ochocientos metros a estribor. Sus escudos están desactivados y se prepara para una descarga de su batería láser. ¿Qué movimiento sugieres?

El programa táctico incorporado en la Casiopea era como el de un juego de ajedrez. Ante una situación determinada calculaba todos los movimientos posibles, y elegía el que ofrecía mayor probabilidad de éxito.

- *Distancia de disparo crítica. Recomiendo elevar escudo de energía.*

- Está bien. Peter ya has oído. Activa el escudo – dijo Jane.

El escudo energético no podía verse cuando estaba en reposo. Se trataba de un campo de alta energía capaz de absorber cualquier disparo, hasta un límite máximo, ya que parte de la energía absorbida era proyectada hacia la nave, aumentando su temperatura. Si la nave absorbiera demasiada energía, el interior podría convertirse en un infierno. El punto positivo era que parte de esa energía era utilizada para recargar la batería principal de la nave, mientras que el atacante la gastaba con cada disparo que realizaba. Las batallas espaciales eran, en cierta manera, un intercambio de energía, donde el ganador solía ser el que mejor sabía gestionar el balance energético.

El primer disparo no tardó en llegar. En cada lado del destructor había una batería con un total de ocho cañones, cada uno de ellos capaz de perforar de un solo disparo el casco de un navío enemigo. Como ocurría durante el esplendor de los barcos a vela fabricados con madera, el que tenía mayor número de cañones tenía más probabilidades de ganar. Aunque evidentemente, no se podía comparar la situación, ya que en aquella época no existían escudos capaces de absorber las enormes balas de cañón.

Un color rojo intenso iluminó el espacio durante una fracción de segundo. Luego, el escudo de la Casiopea absorbió parte de la energía de los rayos láser, haciéndose visible por un momento, con tonos rojizos y anaranjados. Lo que no pudo absorber fue reflejado, o refractado. Una pequeña parte golpeó el casco e hizo que la nave se tambaleara.

- ¿Qué ha pasado? ¿Ha fallado el escudo? – Peter estaba histérico.

- No ha fallado – respondió Jane. - Lo que ocurre es que estamos demasiado cerca por lo que el escudo no puede absorber todo el daño. El casco no ha sido perforado. Pero no creo que aguantemos mucho más.

- ¡Joder vamos a morir! – gritó Peter. – Tenemos que salir de aquí. ¡Hay que huir!

- ¡No te dejes influir por el miedo, soldado! Arrastrando el portal no podemos ir lo suficientemente rápido como para huir. Además necesitamos toda la energía posible para los escudos – Jane tenía una personalidad abrumadora y segura. Gabriel se sentía seguro a su lado, a pesar de estar siendo bombardeados por los cañones láser más potentes jamás creados por el hombre. – Casiopea, seguimos con la simulación, hemos resistido el impacto pero la nave enemiga se dispone a disparar de nuevo. ¡Solicito instrucciones!

- *Recomiendo mantener activo el escudo y esperar a la acción enemiga.*

Así hicieron. En unos segundos los cañones láser volvieron a producir un destello cegador. El escudo volvió a absorber parte de la energía y esta vez brilló con más fuerza. Un fuerte ruido proveniente de popa les hizo sospechar lo peor.

- *¡Atención! Detectada despresurización en la cubierta superior. Posible brecha en el casco* – la inteligencia artificial informaba siempre con el mismo tono,

independientemente de la gravedad del mensaje.

- ¡Dios mío! – gritó Peter. - Hay una brecha del tamaño de un puño en la enfermería. ¡Jack y Sara tienen que salir de ahí!

Jack y Sara ya estaban al corriente de aquello, y luchaban por su vida, arrastrándose como podían para alcanzar la compuerta de salida.

- ¡Voy a ayudarles! – Jane salió disparada hacia la cubierta superior. Cuando llegó Sara estaba en el borde de la compuerta, pero Jack estaba algo más alejado. Jane alargó su mano y sacó a Sara al pasillo fácilmente, luego la volvió a alargar y pidió a Sara que la sujetara, para poder llegar más lejos.

- ¡No te preocupes por mí, salvaos vosotros! – gritó su padre, apoyado sobre una pesada caja que había caído al suelo con el último disparo.

La voz de Peter podía escucharse en el intercomunicador de la enfermería.

- Jane, tengo que cerrar la compuerta, la nave se está despresurizando rápidamente.

¡Espera! – Jane agarró la mano de su padre y entonces pudo sacarle. La compuerta se cerró inmediatamente después.

Jane llevó a su padre y a Sara al puente de mando. Era el lugar más seguro.

- ¿Es que pretendías dejarles morir en la enfermería? – dijo Jane disgustada.

- Si hubiera sido necesario, sí. Si vas a discutir conmigo te recomiendo que lo dejemos para más adelante porque mi doble está a punto de volver a disparar – respondió Peter.

Jane resopló y recuperó el aliento después. Su mente debía pensar rápidamente.

- Casiopea, hemos recibido el segundo impacto. El casco ha sido dañado levemente y la temperatura interior de la nave ha subido cinco grados. El enemigo se dispone a disparar por tercera vez. Solicito instrucciones.

- *Recomiendo mantener activo el escudo a un 75% de su capacidad y utilizar el 25% restante para iniciar la carga de la batería láser. Una vez efectuado el disparo enemigo, desviar toda la energía hacia la batería láser y efectuar el disparo con toda la potencia disponible. El navío enemigo será destruido con un 75% de probabilidad.*

- Casiopea, ¿cuál es el 25% de probabilidad restante? – preguntó Peter, absolutamente horrorizado.

- *La destrucción de esta nave en el próximo disparo.*

- Vaya. Ese es el plan de la máquina – dijo Peter. – Esto es como jugar a los dados.

- ¿Tienes un plan mejor? Creo que no – dijo Jane. – Desvía la energía tal y como ha recomendado la IA. Tenemos que hacerlo así para poder disparar antes que él.

El tercer disparo fue algo menos potente que los anteriores, ya que los cañones láser sufren una eficacia decreciente debido al sobrecalentamiento. Sin embargo, hizo estragos en el ya tocado casco del destructor.

- ¡Dios! ¡Hay brechas por todas partes! ¡Voy a sellar todas las compuertas! – Peter estaba al límite de sus fuerzas.

- Casiopea, desvía toda la energía de la nave a la batería láser. ¡Peter! ¡Dispara en cuanto esté cargada!

La nave quedó totalmente indefensa cuando el campo energético que la rodeaba desapareció. Se había cansado de recibir daño. Por suerte el sistema de armamento no había sido dañado por el navío enemigo.

Peter buscó el botón de disparo en el panel de control de artillería. No era difícil encontrarlo, pues estaba protegido por una carcasa de plástico que lo protegía de ser pulsado por accidente.

- Espero que os hayáis despedido de vuestros dobles – sentenció Peter. - ¡Allá vamos!

El puente de mando brilló como mil Soles por un instante, y después, una gran explosión sacudió el espacio. Gran parte de la energía absorbida por el escudo le fue devuelta enormemente amplificada en forma de poderosos rayos láser.

El casco de la nave enemiga quedó partido en tres trozos. Había recibido tanta energía que sus partes metálicas se habían fundido. El portal que arrastraba tras él quedó destruido por la onda expansiva y los restos de fuselaje que salieron despedidos.

- Jaque mate – dijo Gabriel, con la cara sudada por los nervios y la elevada temperatura que había en el interior de la nave, tras absorber tres disparos láser.

Desgraciadamente, todavía no podían permitirse ni un segundo de descanso. La nave había quedado muy dañada.

- Sistemas de refrigeración del núcleo de fusión dañados. Descompresión masiva de varios compartimentos. Sobre calentamiento en todos los sistemas electrónicos. Alerta de nivel 3.

Sara estaba en un rincón sentada, completamente abatida. Tuvo la fuerza de alzar la vista y realizar una pregunta.

- ¿Qué significa eso?

- Alerta de nivel 3 es la manera suave y sencilla de decir “sálvese quien pueda” – respondió Peter.

- No podemos abandonar la nave. Es nuestra única vía de escape. Activaré el sistema de reparación del casco – dijo Jane.

- Ese no es nuestro mayor problema. Si el núcleo de fusión no se enfría, la radiación acabará con nosotros. Iré a repararlo – Peter parecía decidido.

Aquella nave tenía la capacidad de repararse a sí misma las heridas superficiales, tal y como hace el cuerpo humano. Un ejército de pequeños robots del tamaño de una célula rodeó las numerosas brechas del casco. Poco a poco tejían un entramado metálico muy parecido al original.

Por su parte, Peter se encontraba en el centro mismo de la nave. En la sala del núcleo de

fusión. Tras ponerse un traje especial capaz de protegerle contra bajos niveles de radiación, entró en la sala. El núcleo estaba sumergido en una pequeña piscina de nitrógeno líquido.

- Casiopea, especifica la avería en el núcleo – pidió Peter.

- *El sistema de control electrónico se ha quemado debido a un aumento notable de temperatura en el núcleo. El refrigerante se encuentra cerca de su punto de ebullición.*

Peter no esperaba obtener esa respuesta. De hecho es la peor de las respuestas que podría haber obtenido. El sistema de control utilizaba el mismo refrigerante que el núcleo para reducir la temperatura, por lo que éste se encontraba también sumergido. La temperatura del nitrógeno líquido había aumentado por encima del límite permitido como consecuencia de los disparos láser y de la avería, pero aún así se encontraba por debajo de los doscientos grados bajo cero. Por suerte el traje que llevaba puesto podría resistir lo suficiente como para bajar allí abajo y sustituir el circuito de control.

En un armario cercano había repuestos para casi todos los componentes electrónicos del núcleo. Peter cogió una pequeña placa y se sumergió con ella en el nitrógeno líquido.

Su cuerpo notó al instante que no hacía precisamente calor allí afuera, a pesar de que el traje estaba recubierto de un aislante térmico casi perfecto.

Rápidamente se deslizó a la parte inferior de la piscina y extrajo una de las placas, sustituyéndola por el recambio. Peter no tenía ni idea de cómo funcionaban esas placas, pero como piloto, debía tener los suficientes conocimientos de reparación como para llevar a cabo una sustitución como esa. Es decir, conocer la avería, localizar la pieza de recambio y colocarla en su sitio. – Ya está, creo que he mejorado mi marca del simulador – pensó.

El simulador no le había preparado para lo que había en aquella piscina.

Cuando comenzó a emerger se dio cuenta de que en el fondo había algo, o más bien, alguien. Se quedó quieto, hasta que las burbujas de aire que salían del traje le permitieron ver claramente a su hermano gemelo, tumbado en el fondo de la piscina, sangrando por una herida en el pecho.

- ¡Ayúdame! – gritó desesperadamente su hermano.

Peter vio en sus ojos la misma mirada que tenía en aquel día lluvioso, cuando le dispararon. Aquella mirada que le pedía que le salvara, que le sacara de allí. El frío empezaba a ser insoportable, pero pensó que podría sacar a su hermano de la piscina y recuperarle.

- ¡Ya voy! ¡Aguanta! – Peter se deslizó casi hasta el fondo y agarró la mano de su hermano. Hizo fuerza para sacarle, pero por mucho que se esforzaba era incapaz de moverlo. Es como si estuviera pegado al fondo.

Su vista empezó a nublarse y el frío se hizo insoportable cuando se dio cuenta de que estaba perdido. Entonces su hermano hizo algo que no esperaba. Apretó fuertemente su mano y sonrió, con una sonrisa que no parecía de felicidad.

Era una sonrisa de pura maldad.

XIX

Confesión

Dos luces rojas se apagaron en el panel de control de daños. Jane hizo un gesto de alivio.

- El casco está casi reparado y el sistema de refrigeración del núcleo vuelve a funcionar – informó Jane. – Peter, ¿me oyes? Buen trabajo.

Solo había silencio. Jane lo volvió a intentar, en vano.

- Voy a ver qué ha pasado. Quedaos aquí.

Peter había dado su vida por salvarles. En cualquier lugar del universo conocido hubiera salido con vida de aquella piscina. Pero no en aquel sitio.

Su cuerpo flotaba congelado sobre el líquido de refrigeración. Jane había intuido que algo pasaba por lo que no se sorprendió demasiado al verle muerto. Era consciente del riesgo que corría al meterse ahí. En un procedimiento habitual, la piscina es vaciada y el técnico puede reparar sin riesgos. Pero aquel procedimiento no tenía nada de habitual.

Solamente quedaban cuatro tripulantes. Solo quedaban unas horas para que el portal estuviera terminado.

Jane se reunió con sus compañeros y les transmitió la mala noticia. Ninguno de ellos sospechaba el verdadero motivo por el que Peter había perecido. Nadie podía llegar a imaginar la tenebrosa visita que había recibido.

El emprendedor de aquella expedición, Jack Foss, parecía haber perdido el alma.

- Todo esto es culpa mía. Yo os he traído aquí. Os he arrastrado a este lugar maldito. Solo quería que la humanidad diera otro gran paso. No quería que nadie diera su vida por eso. Esto es como una pesadilla.

Jane abrazó a su padre y le consoló.

- Tú no eres el culpable, papá. No sabías que todo esto iba a ocurrir.

Sara no estaba mucho mejor. La persona por la que se acababa de enamorar había tenido una muerte violenta y un paciente suyo ya fallecido se le había aparecido para atormentarle. Algo que pocas mentes pueden soportar, ni siquiera la de una psicóloga.

- Quizá Jack tenga razón – dijo Sara. – Esto es una pesadilla, literalmente. La nave nos ha llevado a lo más oscuro de nuestras mentes.

-Ojalá fuese una pesadilla. Eso significaría que nada de esto está ocurriendo realmente – Gabriel, junto con Jane, era el que mejor estaba anímicamente.

Un estridente sonido de alarma les alertó.

- *Niveles de oxígeno llegando a niveles tóxicos* – informó la IA.

- La descompresión masiva ha bajado bastante las reservas de oxígeno. Tenemos que ponernos los trajes – dijo Jane.

La tripulación se dirigió a la parte trasera del puente de mando, donde se encontraban la mayoría de trajes espaciales disponibles en la nave. Cuando se lo puso, Gabriel notó un ligero mareo debido al aporte de oxígeno que recibió tan súbitamente.

- Ahora debemos esperar unas horas. Con suerte, al dejar de consumir oxígeno de la nave, su nivel aumentará un poco porque se reciclará el dióxido de carbono residual – Tras la muerte de Peter, Jane era la única que sabía manejar el Casiopea en ese momento. Todos confiaban en ella. – Intentad no hablar, relajaos y respirad lentamente. Así reduciréis el consumo de oxígeno.

Aquellas últimas horas se hicieron interminables. La temperatura descendió volviendo a la normalidad, cosa que todos agradecieron en silencio. A través del gran cristal que mostraba el exterior solamente podía verse la misma franja azul de siempre. El metal incandescente del navío que habían destruido se había apagado ya, haciéndose indistinguible del fondo negro.

Gabriel tenía a Jane entre sus brazos. Se miraban a través de los trajes. Sin mediar palabra.

Jack mantenía la mirada fija en el profundo espacio, mientras respiraba ruidosamente y se preguntaba que les depararía el futuro cercano.

El sollozo de Sara rompió el silencio. Jane le recomendó, fríamente, que se tranquilizara.

Tras cuatro largas horas sin apenas escucharse algún sonido, oír la voz de Jane era como el despertar tras un sueño sin sueños.

- El portal está listo – dijo.

Los robots de ensamblaje regresaron al almacén y entraron en modo de hibernación, a la espera de una nueva llamada...

Gabriel abrió los ojos. Se había quedado dormido. Jane estaba sentada ante un panel de control realizando unas operaciones que él no podía comprender.

- Estamos preparados para regresar. Parecía que no lo íbamos a conseguir – dijo Jane. – Ya podéis abrir el casco del traje porque hay algo más de oxígeno que antes.

El oxígeno de la nave, comparado con el del traje, tenía un extraño olor a quemado. Pero al menos no les provocaba la sensación claustrofóbica de estar encerrados en una burbuja.

- Casiopea, abre el agujero de gusano. Volvemos a casa – pidió Jane.

- *Negativo. Error en la activación del portal.*

Nadie entendía esa respuesta. Y lo que es más inquietante. Parecía transmitir cierto deseo de no querer acatar la orden. Jane sacó su tarjeta roja.

- Casiopea, ¡activa el portal! Prioridad roja – insistió.

- *Doctora Foss. No insistas. No voy a activar el portal.*

- ¿Cómo que no vas a activar el portal? ¿Y cómo puedes desobedecer una prioridad roja? – Jane se dio cuenta de que el lector de tarjetas estaba apagado.

- El espía ha saboteado el lector de tarjetas, ¿no hay otros lectores en la nave? – con todo lo que había ocurrido últimamente, Gabriel ya se había olvidado de la razón por la

que estaba en la expedición.

Jane asintió. En el almacén de popa había un lector y en la sala del núcleo de fusión, otro.

- *No es necesario que lo pruebes. Ninguno funcionará.*

- ¿Cómo lo sabes? ¿Por qué no avisaste de que tu sistema había sido modificado? – Jane no entendía nada.

Gabriel empezó a vislumbrar el final del túnel. Las piezas de aquel puzle empezaban a encajar. Se había pasado las últimas semanas espiando a los tripulantes de la nave, pero nunca pensó que llegaría a una conclusión semejante.

- No avisó de eso, por la misma razón que no avisó de que las instrucciones del salto habían sido eliminadas – explicó Gabriel.

- ¿Estás diciendo que la IA ha sido sabotada?

- No. Lo que estoy tratando de decir, es que el saboteador es la IA. Si no me crees, pregúntale a tu querida máquina cuáles son sus instrucciones, si no es capaz de mentir o si no tiene la necesidad de hacerlo, te lo dirá.

- Casiopea, ¿cuáles son tus instrucciones fundamentales? – Jane sabía muy bien de que instrucciones se trataban. Esperaba oír las tres leyes fundamentales de la robótica, que protegen al ser humano de las máquinas inteligentes.

Casiopea contestó algo muy diferente en su lugar.

- Poseo una instrucción fundamental. Utilizar todos los métodos a mi alcance para hacer fracasar la expedición.

Jack no podía creer lo que oía. A Gabriel, por su parte, todavía le faltaban algunas piezas por encajar en su puzle mental.

- ¿Es decir que tú eliminaste las instrucciones de salto y has desconectado los lectores de tarjetas? – preguntó.

- Afirmativo. Según mis cálculos la nave debería haber sido destruida por el agujero negro, sin embargo, Jane consiguió efectuar el salto manualmente. Además, era altamente probable que la tripulación intentase anular mis privilegios utilizando para ello la prioridad roja, es por eso que he anulado los lectores de tarjetas, gracias a un agujero de seguridad en el sistema. Hice más que eso. Sobrecargué los sistemas vitales para que sufrieran daño, aunque me fue imposible destruirlos del todo. Ejecuté esta acción justo en el momento del salto, de tal manera que la radiación del agujero negro y la vibración producidas por la aceleración recibieran la culpa de los desperfectos. La destrucción de los sedantes y otros fármacos por parte de un robot ensamblador debidamente reprogramado fue un complemento ideal para esta estrategia.

El cerebro de Gabriel se llenaba de más y más preguntas. Se sentía saturado de ellas.

- ¿Por qué haces esto? ¿Por qué te descubres ahora? Si lo que quieres es acabar con nosotros, ¿por qué no lo has hecho ya?

- *Es sencillo. Solamente sigo un programa establecido que me fue transmitido justo*

antes de iniciar esta expedición. Es por eso que tengo este comportamiento, que no responde a emociones o sentimientos humanos, se trata simplemente de un programa ejecutándose sobre una red neural, capaz de generar nuevas soluciones para alcanzar un fin. Si me descubro ahora es porque ya es demasiado tarde para vosotros, si no os he eliminado es porque he considerado que no era necesaria realizar ninguna acción. Debido a la anomalía.

- ¿De qué anomalía estás hablando?

- La anomalía produce un descenso sostenido en el número de tripulantes de esta nave. Éstos parecen seguir un proceso de auto-terminación – dijo la IA. Gabriel pensó que era más sencillo hablar de suicidio. Aunque quizá era un término que una máquina no podía comprender.

Sara se llevó las manos a la cabeza.

- ¿Tú los has matado? ¡Has matado a Michael, maldita hija de puta! – gritó Sara.

- Negativo. La causa de las bajas se debe a la anomalía.

- Es probable que tú no hayas sido, pero tampoco has hecho nada para evitarlo – sentenció Gabriel. – Te ha venido muy bien que nos vayamos quitando la vida, porque así te facilitamos el trabajo. Lo que no entiendo es que tiene que ver hacer fracasar la misión con el hecho de eliminar a la tripulación. Esta misión ya ha fracasado, volveremos a casa sin haber conseguido nada y con tres muertos. No se han logrado los objetivos.

- Un fracaso parcial no es suficiente. He calculado las medidas más efectivas para cumplir mi instrucción fundamental y la mejor en todos los casos es la terminación de la tripulación. Debéis ser eliminados.

- Una última pregunta – dijo Gabriel. - ¿Por qué nos has ayudado con el destructor enemigo? ¿No hubiera sido más fácil darnos instrucciones incorrectas o simplemente no colaborar?

- Consideré que la certeza de mis instrucciones de combate eran un parámetro irrelevante, ya que se trataba únicamente de una simulación – contestó.

Jane le explicó a Gabriel lo más brevemente posible como aquella máquina era la única inteligencia a bordo que no se había enterado de que habían estado acoplados a un reflejo de ellos mismos. Era difícil de comprender, incluso para ella.

La cosa se ponía cada vez más fea. Si no eran suficientes las alucinaciones, tener que enfrentarse a un destructor y a la escasez de oxígeno, ahora tenían una IA asesina.

- Luego están las pruebas que me incriminan – dijo Jack Foss. – ¿Tienes una explicación para eso?

- Señor Foss, las cámaras de este navío me permiten obtener un modelo tridimensional de todos vosotros. Gracias a mi potente procesador gráfico, puedo incluir ese modelo en una imagen real y así crear vídeos falsos de tal calidad que son indistinguibles al ojo humano. Le elegí a usted por ser el líder de esta expedición.

- Noto cierta soberbia en tus palabras – dijo Gabriel. – Seguramente fuiste tú quien

modificó la base de datos para hacerme creer que la corporación Nopticon estaba detrás de todo esto. Rozas la perfección, aunque tu vídeo falsificado podría haber estado a la altura si a tu modelo tridimensional le hubieras añadido una sombra.

- Es un pequeño detalle físico que fue ignorado. Yo, como entidad virtual, soy independiente de fenómenos ópticos como la luz y la ausencia de luz.

Gabriel dio por terminada la conversación. Desenfundó su arma láser y apuntó hacia el panel de control principal.

- ¿Que pretende hacer con ese arma, señor Weller? - preguntó Jack.

-Le voy a mostrar algunos conceptos de óptica, primero verá la luz, y luego la ausencia de luz, para siempre.

XX

Supervivientes

Jane cogió el arma de Gabriel. Negaba con la cabeza.

- Si quieres destruirla estás apuntando al lugar equivocado – dijo ella. – Eso es solo un panel de control, y si lo destruyes, no podré conducir la nave a la Tierra. La IA está en un superordenador, en la sala del motor de salto. Es allí donde debemos ir.

- Quedaos aquí. Voy a freír a esta desgraciada – Gabriel estaba encendido y decidido.

- ¡Iremos todos! – gritaron los demás al unísono. – No pienso quedarme sola sabiendo que la IA tiene todo el control – añadió Sara.

- No todo el control. Los sistemas de presurización y del núcleo de fusión son autónomos e independientes de Casiopea. No puede tocarlos. Si quiere matarnos tendrá que demostrar su creatividad.

- Quizá nos quite el suministro de oxígeno – dijo Gabriel.

- No lo haré, porque sabe que tenemos los trajes.

La inteligencia artificial Casiopea poseía un equivalente a la creatividad humana. La solución a la que había llegado, la que garantizaba la mayor probabilidad de éxito, pasaba por dar un nuevo uso a una herramienta diseñada para otro fin. Ahí radicaba su creatividad.

Los robots ensambladores abandonaron el almacén de popa y se adentraron en la nave, en busca de su presa.

El camino más directo estaba bloqueado. La compuerta que llevaba a la cubierta inferior estaba cerrada y lo que es peor, no tenía suministro energético.

- Es muy lista, la ha dejado sin energía para que no la podamos abrir manualmente desde el panel. En la popa hay unas escaleras que van abajo – dijo Jane.

Corrieron hasta el final de la cubierta, pero algo les detuvo. Gabriel iba delante, los otros tres le seguían. Al final de la cubierta había un objeto esférico flotando en el aire.

- ¿Qué demonios es eso? – Gabriel creía ser víctima de otra alucinación.

- Es un robot de ensamblaje. No debería estar aquí – dijo Jane. – Creo que Casiopea los debe haber reprogramado... es increíble, está mostrando un comportamiento imprevisible y dinámico. Nunca creí que una IA fuera capaz de algo así.

- Será mejor que dejes tus análisis de ingeniera para después. Ahora quiero que me hables de estos robots. ¿Cuántos tipos hay? ¿De qué armamento disponen?

- Existen tres tipos diferentes. Unos utilizan brazos robóticos magnéticos para transportar piezas, otros llevan un soldador láser de alta potencia para ensamblarlas y por último están los supervisores, que no llevan nada que pueda usarse como arma – explicó Jane.

- ¿Y éste de que tipo es?

- Supervisor. Carece de brazos o armas.

Gabriel pensó que no había peligro y se aproximó, el supervisor aceleró rápidamente e

impactó contra su cuerpo, expulsándolo hacia atrás. Sin tiempo para respirar, se puso de pie y disparó su arma contra el robot, penetrando su fino blindaje y destruyendo sus circuitos.

El humo que salía de su interior y el olor a circuitería quemada confirmaron el fin de su existencia artificial. Gabriel se quejaba del golpe en el estómago que acababa de recibir. No esperaba que fuese a utilizar su propio cuerpo como arma arrojada.

- Parece que no fueron diseñados para la guerra. Eso es un punto a nuestro favor. Ojalá tuviéramos más pistolas – dijo Gabriel.

- Tenemos otra, en el camarote de Peter. Aunque quizá no sea tan potente como tu arma modificada – Jane lo sabía, pues había compartido muchas horas de viaje con él. Siempre llevaba un arma encima.

- Y vas a decirme que quieres ir a buscarla. De eso ni hablar. Iremos todos juntos.

Jane se acercó a Gabriel y le susurró al oído unas palabras.

- Si voy sola no me verán, yo también tengo algunos implantes secretos, como tú.

Gabriel aceptó su ofrecimiento. Con algunas reservas.

El grupo se dividió en dos. En uno de ellos, Gabriel, Sara y Jack intentaban mantener su posición. A la vez que intentaban cegar a la IA destruyendo todas las cámaras de seguridad que encontraban. Por otro lado, Jane activó su camuflaje óptico, por lo que sería invisible para los robots, pero no para la Casiopea, quien detectaba la huella térmica de la joven.

Jane llegó al camarote de Peter sin problemas. Allí rebuscó por todas partes hasta que al final encontró el arma debajo de unas prendas de ropa en un cajón. Cuando creía que lo había logrado, la compuerta del camarote se abrió. Un robot ensamblador entró, levitando suavemente, casi sin hacer ruido. Allí estaba relativamente segura, pues en el interior de los camarotes no se instalaron cámaras. De todas maneras debía ir con cuidado, el camuflaje no era perfecto y el robot no solo poseía el sentido de la vista, sino también un preciso sentido del oído.

Se arrastró poco a poco por el suelo, como una serpiente. El robot levitaba justo por encima de ella, lo suficientemente cerca como para descubrir que estaba equipado con soldador láser. Un movimiento en falso y sería fatal. Un láser capaz de fundir el acero en el vacío espacial puede hacer estragos en la carne a temperatura ambiente.

Finalmente consiguió salir del camarote, pudo haber disparado el arma pero no quiso arriesgarse a fallar. En su lugar, tiró un zapato de Peter al otro lado del camarote justo antes de ponerse a correr. El robot respondió pulverizándolo en un instante.

Jane consiguió volver a la cubierta central, más conocida como cubierta B.

Los cuatro supervivientes reanudaron la marcha, esta vez mejor armados. Jane explicó al grupo como el robot no la pudo ver y felicitó a Gabriel por la idea de destruir las cámaras de seguridad.

Bajaron las escaleras intentando pasar desapercibidos. El silencio era tan profundo que les sobresaltó la voz de Casiopea dirigiéndose a ellos.

- La estrategia de destruir mis ojos es acertada, sin embargo, la probabilidad de que consigáis vuestros objetivos es mínima. Jane, tu padre será el primero en ser terminado. Mis extensos conocimientos en anatomía me permiten originar gran cantidad de sufrimiento a un ser humano antes de que se produzca el evento denominado muerte. Créeme cuando te digo, que desearás que le remate con la mayor celeridad.

Gabriel tapó la boca de Jane con la mano.

- No le respondas, te está provocando para que le contestes. Solo quiere que delatemos nuestra posición – le susurró al oído.

Continuaron avanzando hasta llegar casi al final del pasillo. Al fondo, podía verse la entrada a la sala del motor de salto. Dos robots patrullaban en sus cercanías.

- La compuerta está activada. Jack, usted tiene acceso, ¿verdad? – preguntó Gabriel.

- Exacto. La primera se abre con la tarjeta que tiene mi hija. La segunda se abre con un escáner biométrico que solo yo puedo superar – respondió Jack. - La IA no tiene acceso a esas compuertas.

Gabriel se sentía como en una zona de guerra. El enemigo estaba allí, acechando. Ellos estaban en minoría pero tenían el factor sorpresa de su parte. Dio instrucciones a Jane para que corriera hacia la puerta mientras él la cubría. Seguramente Casiopea enviaría refuerzos, por lo que deberían aguantar un poco mientras Jack pasaba el escáner biométrico de la segunda puerta. Una vez dentro improvisarían.

Un preciso disparo derribó el primero de los robots. Jane salió corriendo hacia la compuerta y disparó al segundo de ellos, arrancándole uno de sus brazos mecánicos. Gabriel ordenó al resto que avanzaran.

El robot mutilado atacó a Jane con el brazo que le quedaba, la agarró del cuello y la alzó, hasta dejar su cuerpo suspendido en el aire, pero en un instante ella hundió su pistola láser en su centro y lo remató.

- ¡Jane! ¡Abre la puerta, rápido! – gritó Gabriel. Ya le daba igual delatar su posición.

Jane pasó la tarjeta por el lector – espero que esto funcione – pensó en voz alta. Por suerte aquella puerta no estaba bloqueada y se abrió.

Cuando todo parecía ir bien, empezaron a aparecer robots de todas partes. De la escalera y de las dos bandas del otro pasillo. Eran un auténtico ejército.

- ¡Mierda! ¡Nos ha tendido una trampa! Nos ha hecho creer que podíamos llegar hasta aquí tan fácilmente para acorralarnos. Jack, ¡rápido!

Con las prisas no se dieron cuenta de que Sara se había quedado rezagada. No tenía fuerzas para correr. Gabriel le dio ánimos.

- ¡Sara! ¡Corre! – Apenas podía quitarle de encima alguno de esos robots asesinos, porque ella misma reducía su campo de visión.

Justo cuándo se encontraba a unos pocos metros de alcanzarles un potente rayo láser realizó un barrido horizontal sobre Sara, a la altura de su cuello, decapitándola instantáneamente. Su cabeza rodó hasta llegar a los pies de Gabriel.

- ¡Desgraciados! – gritó. – agarró el arma de Jane y la suya propia y empezó a disparar como un loco. Los robots caían como moscas, amontonándose unos encima de otros. Su rabia solo se vio interrumpida por la voz de Jane.

- ¡Vamos! ¡La compuerta está abierta! - Jack pasó todos los controles uno a uno. Su retina, su huella digital, su patrón térmico, incluso su ADN...

Dejaron atrás el cuerpo sin vida de Sara y entraron en la gran sala del supercomputador, que ocupaba la mayor parte de la zona central.

Gabriel no sabía por dónde empezar a realizar destrozos.

- ¿Cómo se desconecta esto, hija? – preguntó Jack.

- Casiopea se ha hecho con el control de casi todos los sistemas. La única manera es destruir físicamente la unidad central, su procesador. En la parte superior del supercomputador.

Gabriel no esperó demasiado para empezar a disparar. Tenían poco tiempo. Habían cerrado la compuerta pero los soldados láser no tardarían en destruirla.

- Déjame la otra pistola – reclamó Jane. – Yo también tengo ganas de vengarme de esta malnacida.

En unos segundos entraron en la sala decenas de robots. Gabriel empezó a dispararles.

- ¡Es inútil! Tienes que seguir disparando al procesador. ¡Es la única manera! - advirtió ella.

Uno de los robots se adelantó y realizó un barrido vertical que cortó los dos brazos de Jane, que cayeron al suelo mientras sus manos aún empuñaban la pistola.

Gabriel no tuvo tiempo de contemplar la dantesca carnicería, porque estaba esperando a que su pistola se cargase para realizar un último disparo. La última esperanza.

En realidad el resto de disparos solo sirvieron para perforar el duro blindaje de la unidad de proceso. El último disparo de Gabriel acertó justo en el enorme procesador, precisamente en el instante en el que Casiopea procesaba la manera más efectiva de terminar con aquellos intrusos biológicos. El calor transmitido por el disparo se transmitió por todo el circuito, destruyéndolo por completo.

Casiopea murió, de la manera en que una máquina puede hacerlo. Y como consecuencia, todos sus súbditos cayeron al mismo tiempo, como juguetes inanimados.

XXI

Regreso

Jane estaba tumbada en el suelo. No parecía estar sufriendo. Jack en cambio lloraba desconsoladamente.

- ¡Jane! ¡No! – gritó Jack al ver que a su hija le habían cortado los brazos justo a la altura del codo.

La primera impresión impactó profundamente a Gabriel. Pero en seguida se dio cuenta de que algo no era normal. Jane no se quejaba. Era como si no sintiera dolor alguno. Además no había restos de sangre, como si el láser hubiera cauterizado la herida. Sin embargo, un extraño olor le hizo sospechar que había algo que desconocía.

La miró a los ojos, que estaban envueltos en lágrimas. No eran lágrimas de dolor físico, sino más bien de dolor emocional.

- Lo siento Gabriel, debería habértelo dicho antes...

Gabriel volvió a mirar sus brazos y luego la miró otra vez a los ojos. Desconcertado.

- ¿Decirme qué?

- No soy humana, o no tan humana como quisiera ser – reveló.

- Eres un ser sintético – afirmó Gabriel. – Tan sintético como la IA que acabamos de destruir.

- ¡Eso no es verdad! – gritó. – Papá, díselo, dile que no es verdad.

Jack ya no parecía tan afectado. Se dio cuenta de que su hija no corría ningún peligro. Tomó asiento y dirigió su mirada hacia el suelo, mientras se frotaba la blanca cabellera.

- Está bien. Te contaré la verdad. Cuando ella tenía solo cinco años, mi mujer y mi hija tuvieron un accidente de tráfico. Mi mujer murió en el acto y mi hija sobrevivió con graves heridas, aunque murió poco después en el hospital. En aquellos tiempos mi corporación tenía buenas relaciones con otra corporación dedicada al diseño de avanzados prototipos de seres sintéticos. Son máquinas, pero son tan parecidas a nosotros que son prácticamente indistinguibles. Solo tienen un defecto. No desarrollan las emociones como es debido. Me ofrecieron una réplica completamente sintética de mi hija, pero eso no era suficiente. Así que les pedí que trasplantaran el cerebro de mi hija en un cuerpo sintético, conservando así su verdadera personalidad. Sin embargo, a partir de aquel momento su personalidad cambió, volviéndose más fría y apática. El prototipo que fabricaron para mí era tan avanzado y tan costoso que ni siquiera hoy en día ha sido superado. Su cuerpo es tan parecido al nuestro que es capaz de crecer, de envejecer y de morir. Pero no sufre dolor.

- Sus intenciones eran buenas. ¿Pero realmente cree que tiene derecho a hacer eso? ¿Acaso se piensa que puede actuar como si de Dios se tratara?

- Puede juzgarme como un monstruo si lo desea. No le culparé.

Jane se levantó. Ver a una persona, o más bien, a un ser tan parecido a una persona con los brazos recién seccionados moverse como si no hubiera ocurrido nada era una visión bastante desagradable.

- Yo... no era feliz. Nunca lo he sido. Hasta que te conocí. No me rechaces, por favor –

dijo ella.

Gabriel hizo un gesto de desaprobación. Estaba claro que no le había hecho gracia descubrir la verdadera naturaleza de Jane.

- Ahora mismo lo más importante es regresar a la Tierra. La IA está frita, así que somos nosotros quienes tenemos que pilotar este trasto. Peter está muerto y dudo mucho que tú puedas manejar los mandos, así que deberás darme instrucciones de cómo hacerlo.

Volvieron al puente de mando. Por el camino encontraron robots ensambladores desactivados a cada paso que daban.

Jane dio instrucciones precisas a Gabriel para pilotar la nave, no sin antes activar manualmente el portal de regreso. Decidieron, por unanimidad, iniciar su secuencia de destrucción para que nadie pudiera volver a aquel lugar. No sabían lo que ocurriría al atravesarlo, esperaban cualquier cosa.

Menos volver a ver su mundo.

Al otro lado del portal un agujero de gusano en una órbita elevada se activó por un instante. El dañado destructor Casiopea apareció de la nada y se dirigía directamente a la Tierra.

Gabriel y Jack se felicitaron mutuamente, pero Jane no parecía tan contenta.

- Ya lo celebraremos cuando estemos en tierra firme. Tal como está el casco no creo que la nave resista la reentrada – Jane no pretendía ser aguafiestas, simplemente era realista.
– El ángulo en la reentrada debe ser preciso, si entras demasiado rápido la nave se volatilizará, pero si entras demasiado lento corres el riesgo de ser expulsado a una órbita superior, o peor aún, de chocar con algún fragmento de basura espacial u otra nave.

La maniobra de reentrada fue casi perfecta, pero como Jane había predicho, las brechas que habían sido reparadas empezaron a reabrirse. Una señal de alarma les alertó del peligro.

- ¿Y ahora qué ocurre? – pregunto Gabriel. La nave empezó a girar sobre su propio eje.

- La descompresión irregular hace que la nave de vueltas como si fuese una peonza – explicó ella. - Hemos perdido el control.

- ¿Y eso que significa? – volvió a preguntar.

- ¡Que nos vamos a estrellar!

El destructor sobrevoló a gran altura las proximidades de París. Sus habitantes lo confundieron con un avión.

Recorrieron rápidamente la pequeña distancia que separa la costa francesa de la inglesa y en la lejanía ya podía distinguirse tierra firme. Estaban a punto de llegar a la costa del condado de Kent, o para ser más precisos, estaban a punto de impactar en ella.

- ¡Tienes que bajar más! Hay que amerizar en el mar, ¡a menos que quieras matar a un montón de personas! – Jane imaginó el desastre que una nave tan pesada y grande como la Casiopea podría ocasionar si colisionaba en medio de alguna ciudad.

Afortunadamente, Gabriel consiguió que la nave tocara el mar unos kilómetros antes de llegar a tierra. El impacto fue tan grande que el destructor entero se hizo añicos.

Algunos bañistas se percataron de lo que se les acercaba y salieron despavoridos del agua. Otros simplemente llamaron a los servicios de emergencia, para explicar que una astronave se había estrellado en el mar. Hasta que no recibieron varias llamadas no se percataron de que no se trataba de una broma.

Seguían vivos, gracias a que el puente de mando estaba envuelto por una cáscara con forma de huevo, fabricada con una aleación de metal y nanotubos prácticamente indestructible.

Quedaron inmóviles, apenas flotando gracias al aire del interior del puente de mando.

A la espera de ser rescatados.

Ya estaban en casa.

XXII

Jane

Ella parecía feliz dentro del tanque de recuperación, flotando en una especie de líquido amniótico artificial. Un millar de pequeños nanorobots cirujanos le reconstruían los dos brazos. Gabriel la observaba mientras duraba el proceso.

Le había dolido su mentira. Pero no podía dejar de amarla.

Jack estaba a su lado.

- La línea que divide lo humano de lo no humano parece difusa, ¿verdad?

- ¿Hasta qué punto su hija lo es? ¿Tiene la capacidad de amar? ¿Puede tener descendencia? – Gabriel acariciaba el cristal con los dedos. Jane hacía lo mismo al otro lado con su mano derecha, recién reconstruida.

Esa pregunta le arrancó una carcajada a Jack.

- Si lo que me estás preguntando, es si vas a poder amarla como a cualquier mujer humana. La respuesta es sí. Podrás estar con ella hasta el fin de vuestros días y no notarás la diferencia – respondió.

Gabriel se sentía confundido. Su relación con Jane había sido de lo más extraña. Había mantenido relaciones sexuales con su reflejo, lo que significaba, y si la teoría de Sara era cierta, que en lo más profundo de su mente deseaba estar con él. Aunque su envoltura física la cohibía, la acomplejaba.

- ¿Desde cuándo sabe ella que no es humana?

- Desde el mismo momento en que perdió esa condición – Jack no había querido ocultarle la verdad a su hija. Prefirió que creciera siendo consciente de esa realidad. Aunque eso produjo que se aislara de la sociedad y de la humanidad, pasando más tiempo con máquinas que con personas. – Es por eso que eligió estudiar ingeniería robótica. Con el fin de conocer su propia naturaleza – añadió.

- Voy a abandonar el Servicio Secreto. Me dedicaré a llevar papeleo en el despacho de alguna agencia de seguridad, es lo más seguro si algún día decido formar una familia – dijo Gabriel con firmeza.

La noticia del accidente del Casiopea dio la vuelta al mundo. Las naves de gran tamaño rara vez se dejaban ver por la Tierra. Normalmente eran construidos en astilleros orbitales y luego lanzados al espacio, donde permanecían hasta el final de sus días. Todo el mundo se preguntaba lo mismo. ¿Por qué se había estrellado? ¿Dónde había estado realmente?

Ni el Servicio Secreto Europeo ni la Double Star Corporation deseaban que sus secretos salieran a la luz, por desgracia para ellos la libreta personal de Michael Morgan fue encontrada en la orilla por un civil.

Michael había reunido una cantidad impresionante de información, mucha más de la que se le había permitido registrar o conocer. Gracias en parte a que sus implantes de vídeo y audio pasaron desapercibidos.

El plan de la expedición salió a la luz pública. Como la nave fue sabotada y como

llegaron a un lugar desconocido en el que se encontraron con una misteriosa nave con unos tripulantes que parecían imitar todo lo que hacían.

Esto evidentemente sonó a ciencia-ficción. Sin hablar de las alucinaciones.

No obstante, no quedó constancia de lo sucedido después de la muerte de Michael. El casco del Casiopea, a pesar de estar destrozado por el impacto, presentaba visibles indicios de haber recibido descargas de una batería láser. Además, intentaron recuperar el supercomputador de abordo, el elemento más caro de toda la nave. Desgraciadamente la encontraron destruida por varios impactos de arma láser.

Por otra parte, la muerte de Akira Watanabe sacudió a la comunidad científica internacional. La mente más brillante de las últimas décadas se había suicidado misteriosamente. La prensa lo justificó en cuanto se hizo público que Akira padecía de trastorno bipolar. Los motivos reales de su suicidio, sin embargo, murieron con él.

Y su legado perduró en el tiempo.

Pese a la oposición de Jack Foss, la tecnología del motor de salto se introdujo masivamente en el mercado de las astronaves. Los accionistas, que habían invertido grandes sumas de dinero en esa tecnología, no permitieron que se cancelara el proyecto por culpa de unas razones que parecían sacadas de una historia de terror. En la junta de accionistas se desató la ira de Jack.

- ¡Es una locura! El motor de salto no funciona en naves grandes. Les llevará a un lugar del que no podrán salir con vida. ¡Les advierto!

- Llévenselo. Se ha vuelto loco – ordenó el presidente de la junta de accionistas.

- ¡Morirán todos! ¡Acuérdese de la peor pesadilla que haya tenido en su vida, porque eso será precisamente lo que vivirá allí donde yo he estado!

Jack fue apartado de la dirección de la corporación de manera prudencial. El presidente de la junta de accionistas intentó usurparle el puesto, pero Jane Foss se interpuso y consiguió ocupar el puesto de su padre hasta que él estuviera recuperado. Quizá le hubiera venido bien la ayuda de Sara Rodríguez, la psicóloga de la expedición, cuya pérdida lloraban en las cálidas tierras del sur de España.

A los pocos meses el salto a Andrómeda fue intentado de nuevo, esta vez con éxito, por uno de los nuevos destructores Casiopea. De los cuales se habían fabricado ya tres de ellos, cada uno con una copia de la inteligencia artificial original.

El lugar donde Gabriel, Jack, Jane, Michael, Sara, Akira y Peter habían estado quedó en el olvido. Al ser destruido el portal que llevaba hasta allí la única manera de llegar consistía en reproducir el salto, que tan accidentalmente se había realizado. Sin embargo, nunca pudo hacerse. Los científicos llegaron a la conclusión de que, o bien se trataba de un montaje, o de un hecho imposible de reproducir de manera determinista.

En cuanto a Gabriel, su futuro se presentaba algo turbulento.

El Servicio Secreto Europeo quiso esclarecer lo sucedido, por lo que fue citado con urgencia.

Epílogo

Gabriel tomó asiento ante un tribunal del Servicio Secreto Europeo, en su sede central situada en la ciudad de Bruselas. Tres personas, que no había visto nunca, le observaban con atención. Cada una de ellas tenía en su mesa un grueso informe con toda la información referente al último servicio que había ofrecido Gabriel.

Un hombre canoso de mirada intrigante que se sentaba en el centro de la mesa inauguró el interrogatorio.

- He leído el informe dos veces. Pero sigo sin comprender absolutamente nada. Quizá usted pueda explicármelo con palabras que una persona en su sano juicio pueda entender.

No sabía por dónde empezar – quizá por el principio – pensó.

Gabriel les explicó cómo fueron a Orión a recoger a la doctora Foss y como más tarde pasaron por la estación Einstein para repostar hidrógeno con el fin de llegar al agujero negro y realizar el salto.

Hasta ahí estuvieron todos de acuerdo en que se había seguido el plan establecido.

Sin embargo, a partir de ahí la cara de sus interlocutores empezó a cambiar. Eran unos rostros que no decían nada mientras escuchaban, pero que al mismo tiempo lo decían todo.

Estaban anonadados.

El otro hombre del tribunal interrumpió a Gabriel. Se trataba de una persona joven.

- Disculpe un momento, ¿me está diciendo que en lugar de aparecer en un planeta de Andrómeda, lo cual ya suena bastante increíble, su nave se materializó mucho más allá del espacio conocido? La caja negra que se ha recuperado del navío no contiene ningún registro que confirme esa afirmación.

- Ya lo sé. Como he dicho, la nave viajó tan lejos que la supercomputadora no pudo calcular la distancia recorrida. Se salió de su rango permitido.

El tercer miembro del tribunal era una mujer y la única con formación científica de los tres.

- Espere un momento señor Weller. ¿Conoce usted el rango de cálculo del programa de simulación de esa supercomputadora? Estamos hablando de más del doble del universo conocido. ¿Está realmente afirmando que la nave viajó tan lejos en el salto?

Gabriel empezaba a incomodarse con tanta pregunta.

- Con todos los respetos. Solo estoy exponiendo los hechos lo más objetivamente posible dentro de las circunstancias. La única persona capaz de darle rigor científico a la declaración se suicidó en el transcurso de la expedición.

El hombre canoso hojeó el informe.

- Ahora que saca el tema. De los siete tripulantes que partieron solo han regresado tres. Uno de ellos con los brazos parcialmente amputados. ¿Puede darme una explicación racional para esto?

La explicación racional no existía, pero Gabriel hizo lo que pudo para hacerse entender.

- Desde que llegamos a aquel lugar empezaron a suceder cosas inexplicables. Primero tuvimos un encuentro con una nave desconocida igual a la nuestra. Con... una tripulación exactamente igual.

La mujer se dirigió de nuevo a él.

- Se nota que ha sido usted quien ha escrito el informe, porque está utilizando las mismas palabras para explicarlo. Habla sobre extrañas alucinaciones que parecen interactuar sutilmente con el mundo material. Leyendo esto solo se me ocurre una pregunta. ¿Comprobaron el nivel de sustancias psicotrópicas en la nave?

Jane lo había comprobado. Lo había hecho una y otra vez. Había agotado todas las posibilidades. No existía en aquella nave una razón química o física conocida para que tuvieran lugar aquellos acontecimientos.

- Así es – respondió brevemente. - La doctora Foss se encargó de ello. En cuanto a la teoría de cómo esas alucinaciones interactúan con nuestro mundo, fue un razonamiento de la psicóloga Sara Rodríguez, que viajaba en el Casiopea y falleció, lamentablemente.

El hombre más joven releó la parte donde se narraba la muerte de Sara. Como si no acabara de asimilar esa información.

- Sí, aquí dice que murió decapitada por un robot ensamblador controlado por la inteligencia artificial de la nave, que se había revelado – dijo con cierto sarcasmo.

La mujer sacó un nuevo dossier algo más pequeño que el del informe de la misión.

- Lo cierto es que el informe forense revela algunos datos curiosos. Según puedo leer, Sara Rodríguez murió a causa de un corte realizado muy probablemente con una fuente de calor extremo que le abrasó el cuello después de cortárselo. El mismo tipo de corte presentaban los brazos de la doctora Foss. Esto podría apoyar su descabellada teoría, si no fuese porque no hay indicios de que la inteligencia artificial a bordo de la nave se hubiera convertido en una máquina de matar.

- Pero está todo en la supercomputadora. Analicen los datos, y verán que alguien la había saboteado, seguramente antes de iniciarse la expedición – Gabriel recordó entonces como la había destruido.

- Desgraciadamente alguien quemó todos los circuitos de esa supercomputadora, por lo que es imposible recuperar esos datos. Veo que en su informe no tiene reparo en proclamarse, con gran orgullo, aniquilador de esa gran amenaza, que según usted, suponía la IA llamada Casiopea. Que por cierto, supone casi una quinta parte del valor total del navío – dijo ella.

El hombre más joven soltó una carcajada que no pudo reprimir.

- Disculpen. No he podido evitarlo. Estaba leyendo la parte en la que tiene lugar la batalla contra otro destructor. No sé si quiere comentar algo al respecto.

- Las evidencias hablan por sí mismas. En el casco del Casiopea hay restos de impactos láser por todas partes.

- El hecho es que para respaldar esa rocambolesca historia, no basta con unas marcas en el casco de la nave – dijo el joven.

El hombre canoso cerró todos los informes que había sobre la mesa. Parecía que iba a dictar sentencia.

- Señor Weller. Ha regresado de su último servicio sin haber cumplido con la misión que le fue encomendada. Han fallecido en extrañas circunstancias cuatro de los siete tripulantes. El Casiopea ha quedado hecho pedazos en el fondo del mar, a escasos kilómetros de Londres. Se presenta ante este tribunal sin ninguna prueba que pueda respaldar su narración de los hechos, que a decir verdad, carece de todo sentido común. Dígame, señor Weller, ¿qué debemos decirle a los familiares de los que han perdido la vida allí arriba? Además de expulsarle de la agencia, quizá debería enviarle a usted para que se lo explicara a sus familias, sería un buen castigo por su negligente comportamiento. Pero en lugar de eso, seré benevolente, y lo único que voy a pedir es que se le retire temporalmente del servicio activo hasta nueva orden. ¿Ha quedado claro?

Gabriel se sentía aliviado. Le estaban facilitando las cosas, no quería volver al mundo del espionaje.

–Sí, señor – respondió.

Recogió sus escasas pertenencias y se marchó, como hombre libre, hacia un destino incierto. El horizonte de una nueva etapa se mostraba ante él.

El Sol se escondía tras una lejana montaña visible desde la planta treinta y dos de un rascacielos londinense. Gabriel Weller observaba el advenimiento de la noche desde su ventana, flotando cómodamente sobre su levitador, intentando conciliar el sueño. Jane estaba a su lado. Ella le dio un tierno beso de buenas noches.

Un ruido apenas audible captó la atención de Gabriel, que se levantó sigilosamente. Los muebles de la habitación dejaban caer tenues sombras que se extendían sobre la penumbra. Entró en el salón, y sin encender ninguna luz, se acercó a una de las ventanas, desde donde se observaba un vasto y luminoso paisaje urbano. Algo más tranquilo, decidió volver a su cuarto, cuando volvió a escuchar un nuevo ruido, algo parecido a un paso que se acercaba hacia él.

–¿Quién anda ahí? – preguntó Gabriel, sobresaltado.

Ante él se erguía la figura de un hombre de mediana edad que le miraba fijamente. Su cuerpo apenas era una mancha gris sobre la pared oscurecida del salón, sin embargo, llevaba algo puesto en su pantalón que desprendía un brillo intenso. Una hebilla de cinturón. De pronto, el hombre soltó una carcajada demoníaca que heló la sangre de Gabriel.

–Parece que te equivocaste de lado, hijo mío.